CUADERNOS historia 16

Conquista de Norteamérica

M. Ferrer, S. Hilton, P. A. Vives y C. A. Caranci



267

190 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: MELSA

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



India de Virginia
(por John White, 1585)

Indice

La carrera hacia América

Manuel Ferrer
Historiador

DESDE que en 1497 el genovés Giovanni Caboto navegó por cuenta del rey de Inglaterra hasta descubrir la que se llamó *New Founde Land,* en el extremo noreste del *Nuevo Mundo,* las pesquerías encontradas en tan lejanas aguas se convirtieron en objetivo económico no sólo del patrocinador de aquel viaje primero, sino también de Francia y algunos comerciantes flamencos.

Hasta 1524, sin embargo, no se repitió una empresa de ese porte, promovida entonces por el rey de Francia y llevada a cabo por el florentino Giovanni de Verrazano.

Verrazano

Verrazano navegó desde Florida hasta Newfoundland, divisó en su cabotaje el cabo Fear (Carolina del Norte), visitó el estuario del río Hudson, estuvo dos semanas en la bahía de Narragansett (Rhode Island), e incluso mantuvo contacto con los indios de Casco Bay, en la costa del actual Estado de Maine.

Y no fueron esas solas las consecuencias. Un tal David Ingram, marinero parlanchín varado en las tabernas de Londres en los años siguientes, proclamó haber viajado desde el Caribe hasta una ciudad en el norte, donde las mujeres se vestían con tejidos de oro, y habló también del Reino de Norumbega, que luego se identificaría con la desembocadura del río Penobscot, en Maine.

Otra resultante del viaje de Verrazano fue que uno de sus acompañantes, el joven francés Jacques Cartier, aprendiera a la perfección el rumbo para repetir la búsqueda de un *paso* hacia la China por el norte de América. En dos viajes entre 1534 y 1536 Cartier buscó ese paso, pero sólo halló el río San Lorenzo y los parajes de Hochelaga y Stadaconé, que serían con el tiempo los emplazamientos de Montreal y Québec, en las tierras del montón de cabañas —Kanata— que darían nombre a Canadá.



Los viajes de Cartier pusieron en marcha la disputa franco-española por el control de Terranova y la ruina de pescadores y armadores vascos que navegaban aquellas aguas. Tras la guerra por el Ducado de Saboya y la visita de Carlos I a París en 1540, Cartier condujo la expedición con pretensiones colonizadoras de Jean de La Roque. Pero, para 1543, aquel plan tolerado por España había fracasado y Francia marginó su interés por colonizar América hasta 1598.

La coyuntura expansiva de fines del siglo XV puso el Nuevo Mundo en manos de las dos monarquías ibéricas, capacitadas técnicamente, pero no desde el punto de vista financiero, para tal empresa. Las monarquías y élites comerciales del norte y noroeste de Europa se vieron privadas de cualquier reclamación de soberanía sobre las nuevas tierras e islas, mediante una sanción papal en consonancia con la práctica sobre arbitraje jurídico entre monarquías de la época.

Así, cuando se supo en 1521 de todo lo hallado por Cortés en la meseta del Anáhuac, las cortes europeas tuvieron que contemplar cómo sólo España contaba con títulos para colonizar aquel mundo de tesoros, indios trabajadores y vetas de plata por doquier.

La carrera por América fue desde entonces técnica, por un lado —para navegar aguas más norteñas del Atlántico y poblar tierras más frías—; financiera, por otro —sorteando las trabas castellanas para invertir en el comercio americano por medio de terceros—, y también dialéctica, en la medida en que la lucha diplomática e ideológica para combatir la donación papal se vistió de lenguaje religioso, reformista, a la búsqueda de alternativas en el terreno de la soberanía.

América y el equilibrio europeo

En Castilla, y sobre todo en la Corte del imperio de Carlos, se arrostró la lucha en los tres frentes; pero, lógicamente, la Península Ibérica sorteó sus debilidades volcándose en el tercero de ellos.

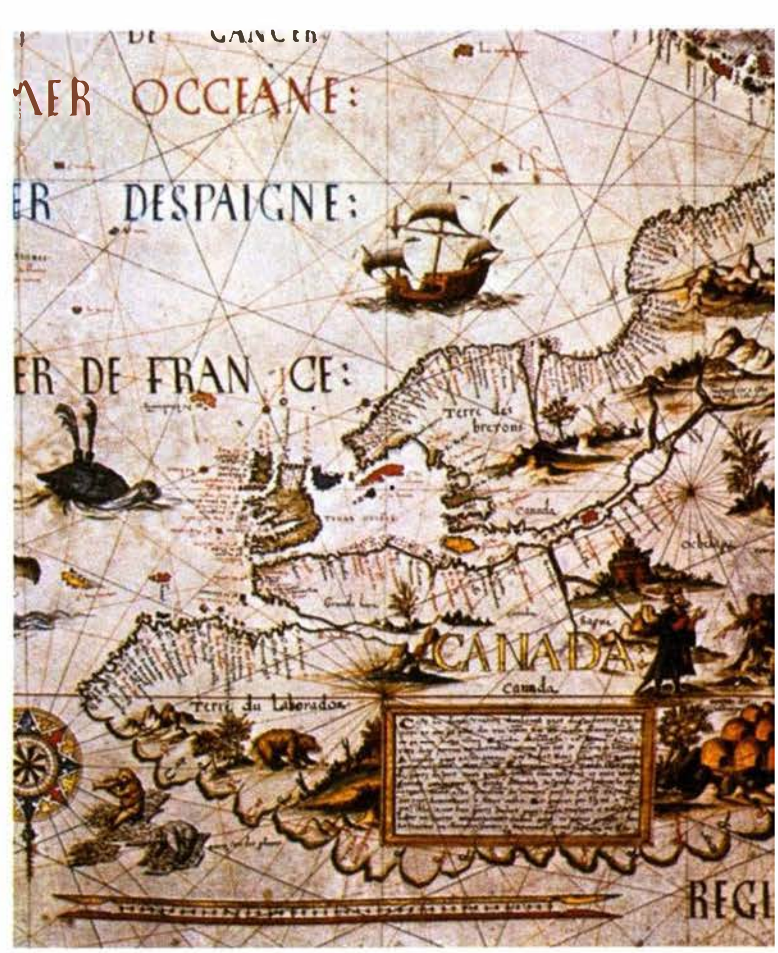
Al acoso ideológico propiciado por los desmanes de la conquista y los efectos catastróficos del impacto ecológico, políticos y clérigos castellanos respondieron con matizaciones al derecho de guerra, con argumentos evangelizadores ineludibles y una línea legislativa que restringía teóricamente los afanes desordenados de los españoles en América.

Inevitablemente, la monarquía española tuvo que reconocer la libertad de navegación, a modo de contraoferta.

En Europa, mientras tanto, se puso en tela de juicio la autoridad del Papa, la Reforma se abrió paso y nuevas ideas y actitudes éticas aclararon el panorama a la hora de justificar la guerra contra la petulancia española.

La libertad de navegación, por su parte, no fue sino el reconocimiento de una realidad imparable. Ya en la década de los veinte la piratería francesa a la altura del cabo de San Vicente se había encargado de cuestionar la exclusividad española. Con el paso del siglo y los avances

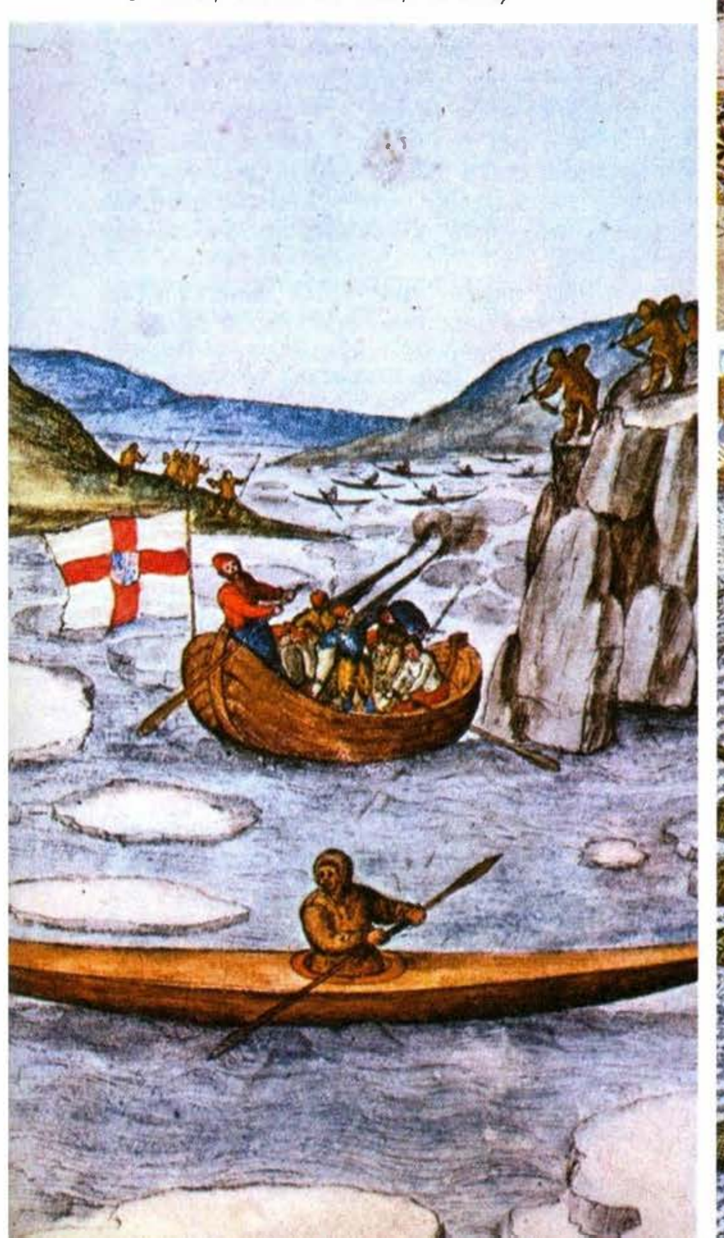
Mapa de la costa Este de Norteamérica según Pierre Desceliers, 1550

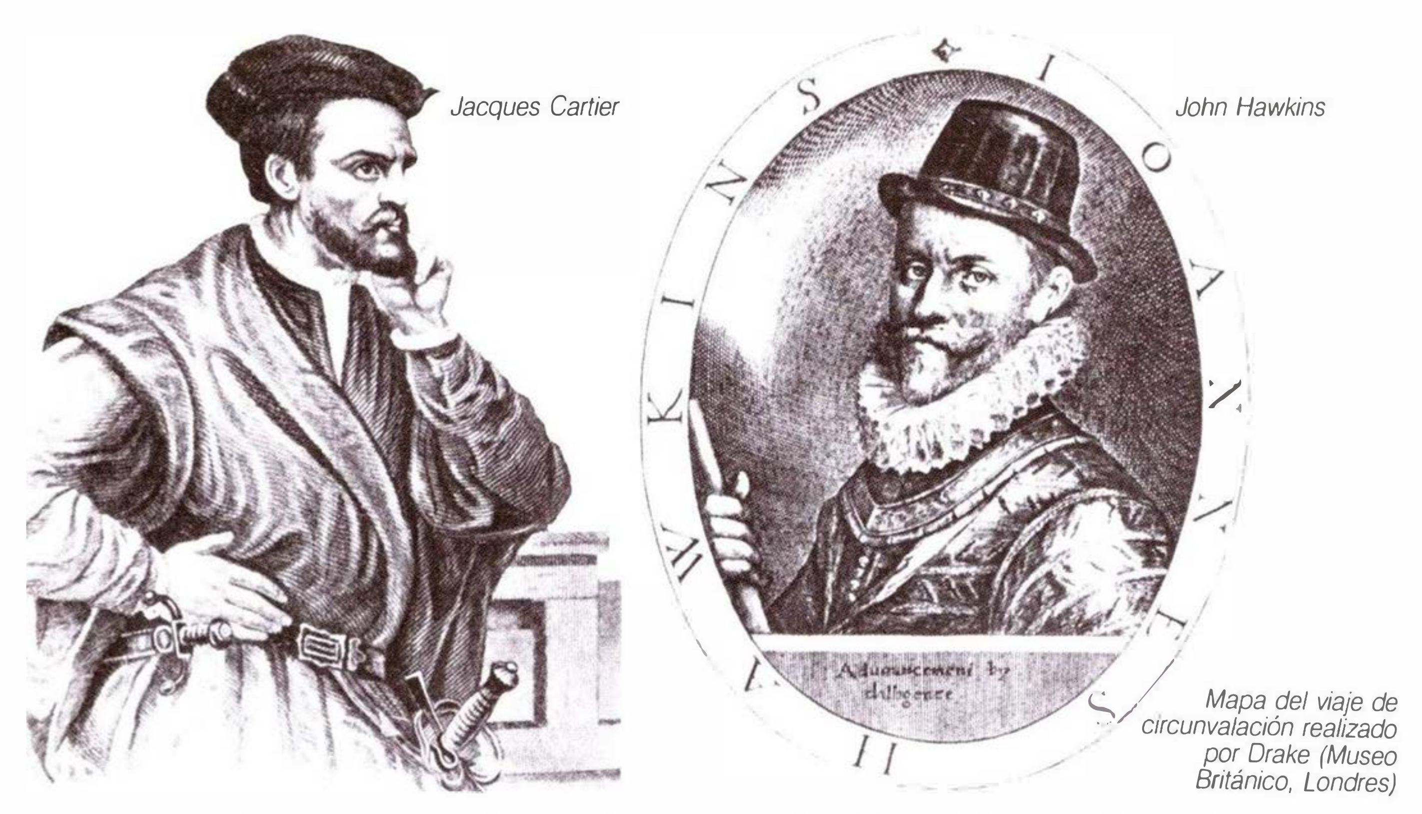


Peces voladores cercan un barco francés (dibujo de Le Moyne, Grabado de De Bry)



Los miembros de la expedición de Frobisher luchan con los esquimales en Bloody Point, 1577 (dibujo de J. White, Museo Británico, Londres)





Jacques Cartier

John Hawkins

Mapa del viaje de circunvalación realizado por Drake (Museo Británico, Londres)

tecnológicos de las marinas inglesa y holandesa, la presencia extranjera en aguas del Caribe se incrementó progresivamente.

En la década que siguió a 1560, John Hawkins de Plymouth llevó los intereses británicos por las costas de Africa y América. Tras mostrar su genio como navegante, mercader y político, Francis Drake dio la vuelta al mundo entre 1577 y 1580, comprometiendo de paso la soberanía española en las costas del Pacífico.

América y la Inglaterra isabelina

En 1587, Thomas Cavendish tuvo la osadía de apresar el *galeón de Manila* y mostrar a Inglaterra lo productivo del comercio entre México y Filipinas. Para entonces un nuevo tipo de embarcación, más ligera, marinera y capaz, el *flibot*, de origen holandés, se había impuesto en el comercio de larga distancia. Los pesados galeones españoles de la Invencible, con su fracaso táctico y técnico de 1588, dejaron claro que la Península Ibérica había perdido su hegemonía efectiva en el Atlántico.

Casi al tiempo que las vías financieras de la monarquía española se empezaran a desestructurar y a la par que Felipe II buscaba una reconstrucción del marco político de su imperio, un sector de la Corte de Isabel en Inglaterra, radicalmente partidario de la expansión, comenzó su demostración práctica y a la vez científica de que dicha proyección era posible y útil.

Sir Humphrey Gilbert, primo de Sir Walter Raleigh y familiarizado con la tarea del cartógrafo John Dee, hizo público en 1566 su *Discourse of a Discoverie for a New Pasage to Cataia*, que circuló manuscrito hasta que diez años después se imprimió. En esa propuesta, Gilbert insistía en las esperanzas geográficas que Verrazano abrió cuarenta años antes, acerca de un paso hacia Oriente por el norte de Africa; pero también hablaba, quizá influido por el desarrollo de la *Utopía*, de situar en América el refugio para disidentes religiosos y gentes pobres de Inglaterra.

En los años siguientes a 1570, Martin Frobisher buscó aquel paso del norte. Es de destacar que, en la década posterior, Sir Walter Raleigh intentara por dos veces colonizar lo que luego sería Virginia, llevando en el segundo intento hasta 117 personas; pero en 1590 había desaparecido cualquier rastro de su empeño americano.

En todo caso, en 1583, el propio Sir Humphrey Gilbert tomó posesión de Newfoundland en nombre de Isabel I, en un gesto más allá de lo simbólico. Y en 1584 es seguro que Raleigh hizo valer una patente recibida de la reina para reclamar el dominio de todas las costas orientales de América del Norte.

La Inglaterra de Isabel I supo también en 1584 de las ideas desarrolladas por Richard Hakluyt en su *Discourse Concerning Westerne Planting*. Se elaboraba en dicho *discurso* un ideal colonial muy ligado a los intereses mercantilistas, en el que las colonias —plantaciones— deberían servir a los propósitos del Estado, antes que a la creación de ningún paraíso terrenal con referencias utópicas.

Hakluyt estaba convencido de que tales plantaciones ayudarían a aumentar la calidad de vida de los habitantes de la patria inglesa, así como que los emigrantes lograrían burlar de esa forma la miseria y, en el caso de que fueran

soldados, los rigores de la desmovilización; de paso serían la base perfecta para combatir a las naciones enemigas, especialmente España, y para librar a los indios del Nuevo Mundo de los efectos perniciosos del catolicismo.

El hecho de que Hakluyt concibiera a los colonos —estuvieran en América del Norte o en Irlanda— como sirvientes leales de la nación inglesa estaba muy de acuerdo con el sentido de *colonia* que entonces se perfilaba. Además, creía básico que el beneficio obtenido por los promotores y el reparto proporcional de tierras entre los colonos fuesen las garantías del éxito de las empresas, a la vez que factor de protección ante posibles anexiones extranjeras.

Este diario colonizador sintetizaba la mayoría de las aspiraciones de los ingleses —también de los holandeses— forjadas hasta entonces con respecto al Nuevo Mundo.

La Inglaterra isabelina había conocido en esencia la transformación de su pirámide social. En general, puede decirse que se habían ampliado y crecido lo que hoy llamaríamos *sectores medios*, al tiempo que cambiaba también el tamaño de las explotaciones agrarias, dando paso a una reordenación en distintos frentes.

La llegada a sus ciudades portuarias de extranjeros, especialmente holandeses, no sólo incrementó la receptividad ideológica y doctrinal de amplios sectores urbanos, sino que también facilitó el crecimiento de la diversificación artesanal y muy concretamente de la producción textil británica.

Las repercusiones de aquellos cambios en las relaciones entre Inglaterra y Ultramar fueron evidentes. La posibilidad de colocar tejidos y otras manufacturas en mercados de larga distancia fue objetivo prioritario alentado por los crecientes sectores artesanales, y comerciantes y armadores completaron la cadena de intereses. Entre 1570 y 1590 el crecimiento económico inglés acabó ligándose a la proyección manufacturera-exportadora.

La profusión en el último tercio del siglo XVI de los llamados *merchant adventurers* sintoniza claramente con lo expuesto antes. Esos *aventureros* proyectaron el nuevo ritmo económico de Inglaterra en el Báltico, Levante, Persia, India y las *inhóspitas costas del Nuevo Mundo*, al decir de la época.

En esa expansión aprendieron también a poner en práctica algunas formas de autogobierno que paliaran los efectos de la lejanía con respecto a la metrópoli, siguiendo de alguna manera una tradición asentada por los comerciantes portugueses desde el siglo XV.

Veinte años decisivos

Los últimos compases del siglo XVI tuvieron, entre otros intérpretes, los éxitos comerciales de la *East India Company*, surgida en Inglaterra. Como institución comercial, reunía entre sus accionistas tanto a nobles y eclesiásticos como a grandes armadores y comerciantes, e incluso algún particular menos conocido, pero igualmente interesado en hacer rentable su capital. El *charter* o patente concedida por la monarquía no imponía limitación continental alguna a sus actividades, por lo que, como modelo organizativo, venía a ser el paso siguiente a los *aventureros*.

También a fines del siglo los viajes de pesqueros franceses a América del Norte se hicieron más frecuentes y rentables, alcanzando a establecer una base de Tadoussac desde la que llegarían asimismo las primeras pieles de castor.

Ya hacia 1575, Coligny imaginó la fundación de colonias de hugonotes en Virginia o Florida,



sin precisar en absoluto por dónde caían aquellas tierras. Y en 1578, Troïlus Du Mesguez, marqués de La Roche y bretón por más señas, fue nombrado *vice-roi des Terres Neuves* por Enrique III, pero no llegó a viajar entonces.

En 1598, una vez terminadas las luchas religiosas y puesto fin al conflicto con España, Enrique IV de Francia renovó el encargo colonizador a La Roche. Esta vez, como *teniente general* para los países de *Canadá, Hochelaga, Terre-Neuve, Norombègue et île de Sable*, La Roche navegó sólo hasta la isla citada en último lugar y dejó en ella 50 herejes condenados, que hubo de repatriar en 1602.

Desde 1599, un grupo de armadores de Saint Malo proyectaron llevar hasta el San Lorenzo 50 colonos cada año, pero lo más destacado de sus intenciones fue el patrocinio del primer viaje, en el que participó Samuel Champlain en 1603, y en el que las noticias aportadas por Cartier no pudieron ser confirmadas.

Mientras tanto, los holandeses, en su calidad de rebeldes impertérritos, habían visto cerrarse los puertos de la Península Ibérica a sus barcos por decisión política de Felipe II desde 1586. La pérdida de Setúbal para abastecerse de sal puso a los Países Bajos en abierta guerra económica con España y, dentro de ella, llegaron los holandeses hasta las salinas de Araya, en la costa oriental de la actual Venezuela.

Desde allí partieron sus primeras incursiones comerciales en el Caribe, y cuando en 1602 fueron expulsados de Araya, no tuvieron inconveniente en instalarse en las costas de lo que ahora es Surinam. Igualmente desde entonces, comenzaron a fraguarse en Amsterdam los primeros planes para colonizar algún tramo de costa americana, como parte de la guerra contra el invasor.

En fin, en 1603 los franceses estimaron que más al norte del paralelo 52 aproximadamente no podrían sobrevivir; Pierre du Guast, hugonote, se aseguró entonces la concesión del comercio de pieles en *la Cadie*, entre los 40° y 46° latitud norte más o menos. Y en 1603 también llegó al trono de Inglaterra Jaime I, no sólo para reivindicar a los Estuardo, sino para que con él triunfaran los *beligerantes* en la política ultramarina.

Con el apoyo de la mayoría de los burgueses del reino, la herencia de Raleigh —centrada en el desafío a España en el Atlántico— acabó por imponerse a las ideas moderadas que Lord Burleigh había desarrollado hasta la muerte de Isabel. Desde el fracaso de la Invencible las perspectivas eran otras y había llegado la hora.

«El único paraíso en la Tierra»

En 1604, Pierre du Guast y Samuel Champlain viajaron hacia *la Cadie* con 120 hombres, entre los que había artesanos y, por primera vez, soldados. Aquella expedición se prolongó en un asentamiento hasta 1607, que permitió a Champlain explorar las costas entre la bahía de Fundy y la isla de Nantucket, además de fundar Port Royal en lo que hoy es Annapolis.

Al tiempo que esa expedición se desarrollaba, en Francia se fundaba —probablemente en 1605— la *Compagnie du Canada*, que financiaría los posteriores viajes de Champlain.

La política colonizadora y expansiva británica se vio reforzada con la aparición en 1604 de la *Plymouth Company*, promovida por Sir Ferdinando Gorges y Sir John Popham; el objetivo trazado en principio fue la colonización de las costas del actual Estado de Maine.

Dos años después se fundó la *Virginia Company of London*, que promovió en 1607 el viaje de Christopher Newport, en el que se fundaría el asentamiento de Jamestown a la entrada de la bahía de Chesapeake, probablemente cerca de o sobre las ruinas de la antigua misión española de San Miguel.

Con Jamestown puede decirse que se inició la vida colonial efectiva en Virginia; sus pobladores, básicamente labradores y artesanos, se autotitulaban *gentelmens* y declaraban buscar prioritariamente oro, perlas y piedras preciosas.

Sin duda, los pioneros de Virginia estaban influidos por la *Ode to the Virginian Voyage*, escrita por Michael Drayton en 1605, muy popular en Inglaterra entonces, y en la que Virginia era considerada *Earth's onely Paradise*.

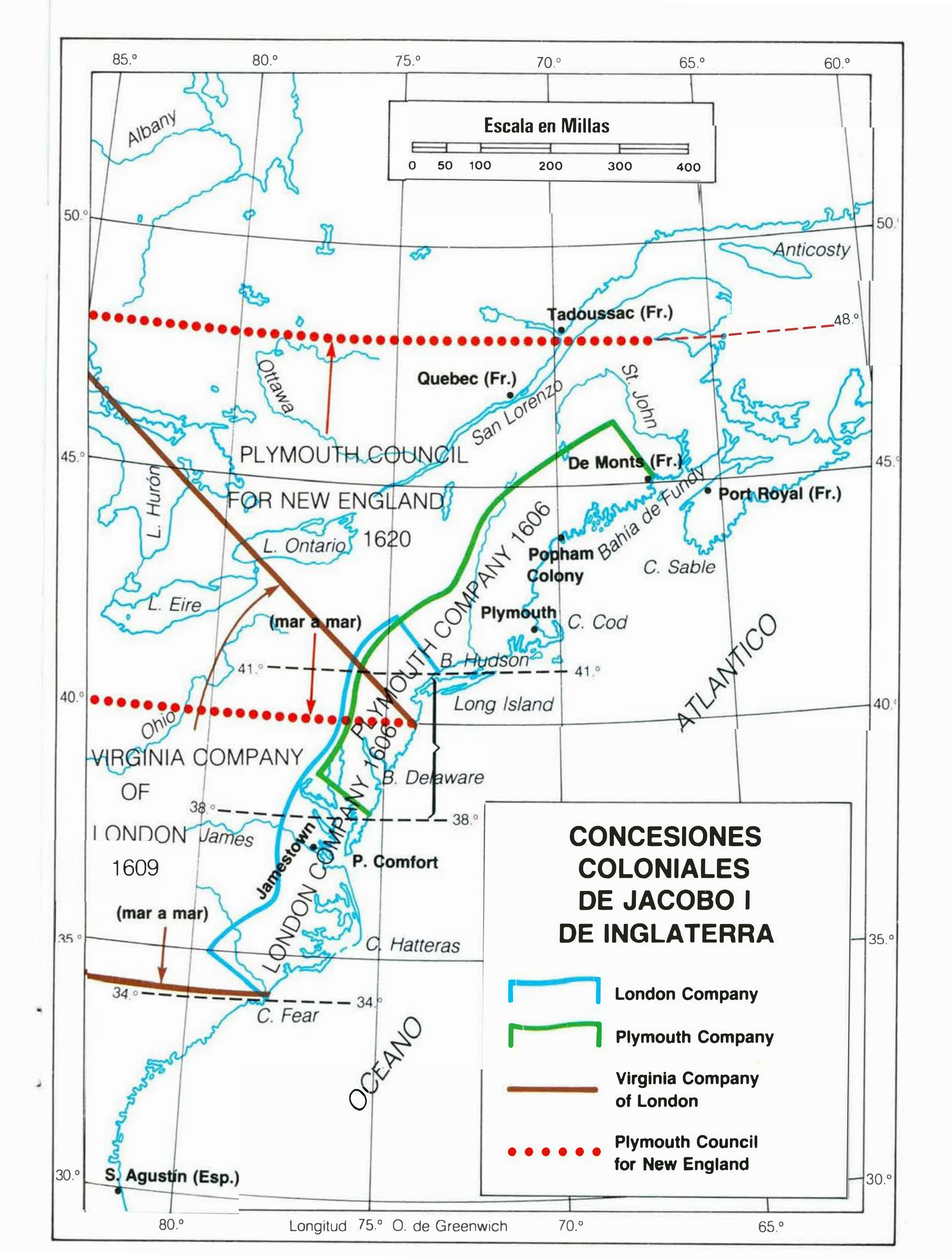
Reparto

Antes de que llegaran los primeros colonos a Virginia, la Corona inglesa había efectuado el primer reparto teórico de las costas americanas del Norte. Se estableció entonces que desde el cabo Fear (34° latitud norte) hasta aproximadamente la bahía de Hudson (41° latitud norte) las costas fueran colonizadas por la *London Company*, de la que dependía la Compañía de Virginia; y desde el sur de la bahía de Delaware (38° latitud norte) hasta la bahía de Fundy (45° latitud norte) sería colonizado por la *Plymouth Company*.

Además, se prohibían las colonias fundadas a menos de 100 millas de distancia entre sí. Era evidente que las imprecisiones en el conocimiento del continente habían hecho coincidir las concesiones entre los 38° y los 41° latitud norte.

Para colmo de complicaciones, en 1609 se concedió a la Compañía de Virginia la costa comprendida entre los 34° y 40° latitud norte; y en 1620 se le reconoció al *Plymouth Council for New England* —fundado por la Compañía de

El territorio comprendido entre los 38° y 41° de latitud norte se incluía tanto en la concesión de la London Company como en la de la Plymouth Company.



CONCESIONES COLONIALES DE JACOBO I DE INGLATERRA
Escala en Millas
0 50 100 200 300 400
London Company
Plymouth Company
Virginia Company of London
Plymouth Council for New England
PLYMOUTH COUNCIL FOR NEW ENGLAND 1620
VIRGINIA COMPANY OF LONDON 1609
PLYMOUTH COMPANY 1606
LONDON COMPANY 1606
(mar a mar)
(mar a mar)
Albany
Ottawa
Anticosty
Tadoussac (Fr.)
Quebec (Fr.)
San Lorenzo
St. John
De Monts (Fr.)
Port Royal (Fr.)
Bahía de Fundy
Popham Colony
C. Sable
Plymouth
C. Cod
B. Hudson
Long Island
B. Delaware
L. Hurón
L. Ontario
L. Eire
Ohio
James
Jamestown
P. Comfort
C. Hatteras
C. Fear
S. Agustín (Esp.)
OCEANO ATLANTICO
Longitud 75.° O. de Greenwich
85.° 80.° 75.° 70.° 65.° 60.°
50.° 45.° 40.° 35.° 30.° 48.° 41.° 38.° 34.°

Plymouth— la costa entre los 40° y 48° latitud norte también.

En los dos casos, se aplicó por primera vez el derecho de expansión hacia el interior del continente, esto es, *sea to sea*. Entretanto, desde 1612, John Rolfe había iniciado el cultivo sistemático de tabaco en Virginia y dos años después envió el primer cargamento a Londres. Pese a ello, la colonización seguía siendo un negocio ruinoso.

Henry Hudson, un navegante inglés por cuenta holandesa, buscó el *paso del norte* en el año de 1609. En septiembre de dicho año fijó la situación del futuro Fuerte Orange —hoy Albany— y, al regresar, fue detenido en el puerto de Darmonth por las autoridades inglesas, aunque pudo enviar un informe a sus patrones de Amsterdam.

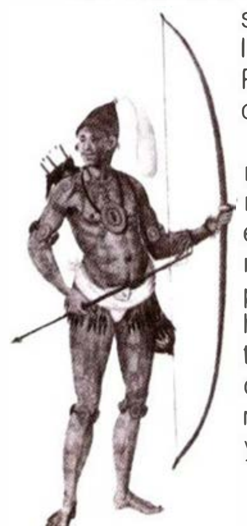
La *Tregua de los Doce Años,* iniciada a la vez que el viaje de Hudson, no impidió que los holandeses planearan comerciar con los indios del *Río Norte* (luego llamado Hudson) ni que, de hecho, expediciones destinadas a rescatar pieles en aquellas latitudes se llevaran a cabo entre 1610 y 1613.

En 1614, comerciantes de Amsterdam y Hoorn fundaron la *Nueva Compañía de Holanda,* avalada por los Estados Generales y encargada de explotar en exclusiva la *región* comprendida entre Nueva Francia y Virginia. Nada menos.

La fundación efectiva de Fuerte Orange parece que puso en peligro el mantenimiento de la Tregua por España; tal fue el motivo utilizado por los Estados Generales en 1618 para retirar el monopolio a la Nueva Compañía de Holanda y abrir de paso la explotación del territorio a cualquier iniciativa privada.

Cuando en 1621 acabó la Tregua, la guerra económica con España se desató en los términos en que los calvinistas la habían concebido quince años antes y, entre otras medidas, apareció la *Compañía de las Indias Occidentales,* encabezada por Willem Usselinx con objetivos básicos en el Caribe y la colonización de América del Norte.

El arranque del siglo XVII fue tiempo de transformaciones sustanciales en el Viejo y en el Nuevo Mundo. En la América española muchas de sus estructuras coloniales empezaron a mostrarse bien consolidadas, a la vez que las relaciones periódicas con la Península entraban en una decadencia sin retorno.



El comercio intercolonial, el directo con otras potencias europeas y el abanico de matices entre el contrabando y la piratería reorientaban las tendencias sociopolíticas de las distintas regiones hispanoamericanas. El Caribe entró de lleno en su papel de espacio internacional, a la vez que la minería, la mano de obra indígena y la propiedad de la tierra empezaban a discurrir por nuevos caminos en los ámbitos continentales.

Europa, entre tanto, se sacudía los conflictos *religiosos,* y el nuevo equilibrio de fuerzas aquilatado a fines del siglo XVI permitió a las potencias ribereñas del Canal de La Mancha iniciar el establecimiento de enclaves comerciales de larga distancia. En ese contexto, las minorías religiosas, sociales y políticas tendieron a identificar —lo que no era del todo nuevo— sus anhelos utopistas con la lejanía del Nuevo Mundo.

Robert Browne había planteado a fines del siglo XVI en Inglaterra la necesidad de buscar la pureza espiritual, a través de una concepción eclesiástica autónoma, reducida y aislada, congregada en torno a una comunidad de *santos visibles,* ejemplares en fin. Sus no muchos seguidores fueron llamados en un principio *brownists* o *independents*. Una de las congregaciones de *independientes,* concretamente la surgida en Scrooby, en la región de Nottinghamshire, emigró hacia 1609 al otro lado del Canal.

Aquel grupo de *puritanos* —como ya se les conocía en Inglaterra— se afincaron en Leiden, una localidad situada entre La Haya y Amsterdam, dispuestos a poner en marcha su proyecto comunal y religioso.

Desde su llegada tropezaron con los intereses nacionalistas y mercantiles de las Provincias Unidas, cuando no con la mera xenofobia local, porque lo cierto es que para 1617-18 se habían convertido en una presencia molesta, no deseada cuando menos, en el marco de las tensiones políticas sumergidas en el clima de la *Tregua de los Doce Años*.

En 1619, un grupo de los puritanos de Leiden decidieron trasladar el escenario de su experimento al más adecuado paisaje del Nuevo Mundo. No en vano desde el año anterior la Compañía de Virginia ofrecía 50 acres de tierra americana a todo el que pudiera costearse el viaje, así como el de su familia, cuyo número de miembros serviría para multiplicar la superficie cedida.

El grupo segregado de Leiden entró en contacto con un apoderado de la Compañía de Virginia —un tal Weston—, que expuso las condiciones de la empresa. Se trasladaron a Inglaterra, sortearon a duras penas su condición de proscritos en la isla y compraron (o invirtieron con algunos comerciantes) dos barcos, listos para salir hacia Virginia. El 16 de septiembre de 1620 el *Mayflower* se hizo a la mar con 103 puritanos a bordo.

En el trayecto se compuso el *Mayflower Compact,* un acuerdo para establecer el autogobierno de la colonia a fundar prescindiendo de la Compañía de Virginia. Dos colonos murieron en el viaje y otro nació a bordo. De manera que en noviembre de 1620, 102 puritanos llegaron al cabo Cod, muy lejos de las tierras de la Compañía de Virginia y en pleno dominio de la de Plymouth. Los santos visibles habían desembarcado y estaban dispuestos a armar la Utopía a su modo y manera.

Las primeras colonias (1620-81)

Sylvia-L. Hilton
Profesora de Filología Inglesa. Universidad Complutense de Madrid

EL descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492 desencadenó una inmediata y prolongada rivalidad entre las potencias atlánticas de Europa, tanto para realizar cada una sus propios descubrimientos en los que fundamentar sus respectivas pretensiones territoriales en ese Nuevo Mundo, como para favorecer el comercio, bien traficando con los productos y metales preciosos americanos, o encontrando el soñado paso del Noroeste que permitiría agilizar el lucrativo comercio con Oriente.

La primera expedición inglesa había descubierto en 1497 las costas nororientales del continente. Pero la falta de medios para financiar más empresas coloniales, y la concentración de la atención pública en los graves asuntos internos de los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI, María I e Isabel I, a lo largo del siglo XVI, privó de continuidad aquel impulso explorador.

Primeros colonos

En efecto, tras el fracaso de las tentativas colonizadoras individuales de sir Humphrey Gilbert, sir Walter Raleigh y otros —reinando Isabel I—, no se estableció hasta 1607 la primera colonia inglesa en Norteamérica.

Es creencia común que los primeros colonos angloamericanos fueron los puritanos que llegaron al cabo Cod en 1620 a bordo del *Mayflower*. Pero se trata de un error alimentado por la influencia desproporcionada que han tenido en la historiografía estadounidense los valores puritanos y capitalistas, centrados en Nueva Inglaterra.

La primacía de Jamestown (1607), tal vez se ha querido ignorar o menospreciar, porque representa el germen de lo que quedó vencido en la guerra de Secesión.

El lugar elegido para la fundación de Jamestown, Virginia, era malsano y difícilmente defendible, pero la casi desaparición de la colonia se debió, más que a estos factores, a la indisciplina de los recién llegados, quienes, en vez de dedicarse a las tareas de construcción del país, desperdiciaron sus energías buscando metales preciosos u otras formas de hacer ganancias fáciles.

Así, los peligros del viaje transatlántico y del medio geográfico desconocido, el hambre, las enfermedades y las hostilidades de los indígenas, acabaron con la gran mayoría de los primeros inmigrantes, de tal manera que de un total aproximado de seis mil, sobrevivían en 1624 tan sólo unos mil doscientos.

No obstante, en este año la permanencia de la nueva colonia ya estaba asegurada; gracias, en primer lugar, a los esfuerzos disciplinarios del capitán John Smith, cuyo férreo mando salvó ▶

Ingleses regalan collares y cuchillos a los indios de las costas de Virginia (grabado de T. de Bry, 1634)



a unos pocos colonos de sus propias debilidades en aquel invierno inaugural; y en segundo lugar, por la iniciativa agrícola de John Rolfe, al producir una clase de tabaco que resultó ser del agrado de los consumidores europeos, y acabó convirtiéndose en la base económica de Virginia y de otras colonias vecinas del sureste.

Así, la empresa colonizadora angloamericana estaba iniciada en Virginia desde hacía trece años, cuando en 1620 pusieron proa hacia el Nuevo Mundo aquellos puritanos tan célebres en la historia norteamericana.

Las discriminaciones que padecían los puritanos en Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I (de la recientemente instalada dinastía estuarda), habían empujado a muchos del sector separatista a huir a Holanda. Pero no sintiéndose a gusto allí, formaron el grupo de emigrantes llamados posteriormente los *padres peregrinos*, que en su nave *Mayflower* arribaron —deliberada o accidentalmente— más al norte de los límites de Virginia y decidieron fundar en el cabo Cod la pequeña colonia de Plymouth: la piedra fundacional de lo que sería Nueva Inglaterra.

Antes de bajar a tierra, suscribieron el famoso pacto del Mayflower, por el cual prometían hacer y cumplir las leyes para el bien común. No se trata, ni mucho menos, de una constitución, pero refleja cierta solemnidad e intención de formar una comunidad estable y autónoma en esta nueva tierra prometida.

A la vista de la vitalidad de Plymouth, en 1628 se fundó la compañía de Nueva Inglaterra, bajo cuyos auspicios John Endecott condujo a cuarenta puritanos a fundar Salem; pero al año siguiente esta compañía fue reemplazada por la de la bahía de Massachusetts.

Muchos capitalistas y participantes de esta compañía eran también puritanos. La llamada *gran emigración puritana* hacia América comenzó, pues, en el año 1630, bajo la dirección de John Winthrop, y en diez años llegaron unas veinte mil personas al puerto de Boston, primera ciudad de la nueva colonia.

Había tenido éxito este método de fundar colonias utilizando compañías comerciales. Ahora bien, en la carta real otorgada a la compañía de la bahía de Massachusetts no se especificaba que la junta gobernadora de la colonia debía permanecer en Inglaterra. Por eso, muchos promotores emigraron llevándose con ellos su carta, constituyendo la junta gobernadora en la colonia, y logrando así un mayor grado de libertad o autonomía.



Massachussetts

Las tensiones internas de esta colonia de Massachusetts, resultantes en gran medida de la intolerancia de la oligarquía puritana, impulsaron a muchos disidentes religiosos o políticos a trasladarse a otros lugares más o menos cercanos para, a su vez, fundar nuevas colonias autónomas.

Durante los años 1630 y 1640 se fundaron Providence (Rhode Island), Connecticut, y New Haven, mientras que Massachusetts procuraba imponer su control sobre las colonias independientes de New Hampshire y Maine.

Entre ellas tuvo especial importancia Providence. Su fundador, Roger Williams, sostenía tres principios muy avanzados para su época: libertad religiosa, separación de Iglesia y Estado y el reconocimiento de los derechos indígenas sobre la propiedad de la tierra.

Puso en práctica estas ideas en Providence, atrajo allí a muchos colonos útiles que se sentían incómodos en otras comunidades y prosperó a pesar de la ojeriza con que le miraban los dirigentes de Massachusetts.

La expansión desbordante de Massachusetts provocó conflictos con los franceses al norte, los indios al oeste, y los holandeses al sur, siendo éste uno de los motivos de la creación en 1643, de la confederación de Nueva Inglaterra (que unía a Massachusetts, Plymouth, Connecticut y New Haven), para favorecer la cooperación en la mutua defensa y en los intereses comunes.

Dicha confederación funcionó con más o menos fortuna hasta los años 1680, y puede ser considerada como un precedente significativo de la futura unión de las trece colonias continentales que declararían su independencia como una nueva nación en 1776.

La presencia francesa en América había comenzado con la expedición enviada por Francisco I en 1524, bajo el mando de Giovanni Verrazano, quien (al igual que los Caboto para Enrique VII de Inglaterra) había explorado las costas nororientales del Nuevo Continente y entrado en la bahía de Nueva York. Diez años más tarde, Jacques Cartier exploró el estuario del río San Lorenzo y puso el nombre de Montreal a una aldea indígena.

Desde entonces, algunos comerciantes de pieles y pescadores franceses explotaban estos recursos septentrionales, pero sin establecer ninguna colonia permanente, hasta que, en 1608, Samuel de Champlain construyó el fuerte de Quebec, que conquistado por los ingleses en 1629, fue devuelto a Francia en 1632.

Durante el primer tercio del siglo XVII, Champlain fue un explorador infatigable: descubrió el lago que lleva su nombre y los Grandes Lagos, y cuando murió, en 1635, se le podía considerar como el fundador de la Nueva Francia.

A partir de 1663, la Corona francesa centralizó la administración de sus colonias, fomentó la labor de los misioneros jesuitas franceses en la región de los Grandes Lagos y, tras conceder tierras a algunos propietarios nobles, comenzó la explotación agrícola de este territorio bajo un sistema semifeudal.

En 1673, Joliet y Marquette exploraron las orillas del lago Michigan, y siguieron el Mississippi



COLONIAS EN LA COSTA ATLANTICA HACIA 1650

hasta la confluencia del río Arkansas. De 1681 a 1687, La Salle siguió más adelante hasta descubrir la boca del Mississippi. Con lo que el cerco francés a las colonias angloamericanas empezó a esbozarse, vaticinando los conflictos del siglo XVIII.

El medio geográfico de Nueva Inglaterra era muy poco favorable para el desarrollo de la agricultura. Los angostos valles glaciales, los suelos pobres y los largos inviernos fríos y húmedos, junto con el sistema de reparto de tierras, determinaron la aparición de pequeñas explotaciones familiares que producían cereales, frutas y hortalizas, para el propio consumo, y mantenían animales domésticos.

Esta agricultura de autosuficiencia ocupaba a la mayoría de los colonos; si bien fue suplementada con la explotación de los abundantes recursos forestales y marítimos, de manera que se diversificaban algo las actividades económicas de esta región con la caza y la preparación de pieles, la pesca, la producción de resinas, brea, mástiles, maderas de construcción y otras provisiones navales, algo de manufacturas domésticas, el comercio de todos estos productos y la construcción y reparación de embarcaciones.

Concesión real

Hasta ahora hemos visto dos formas o métodos de colonización practicados por los ingleses. Virginia en el sur y Massachusetts en el norte fueron proyectadas, financiadas y promocionadas por compañías comerciales, mientras Plymouth y las otras colonias de Nueva Inglaterra eran, al menos en un principio, iniciativas autónomas ilegales que sólo a posteriori procurarían legitimizar su situación ante la Corona inglesa.

Por otra parte, los reyes vieron en América una manera de recompensar la lealtad de ciertos favoritos o amigos de la Corona, concediéndoles allí tierras que luego ellos colonizarían.

Este método de promover la colonización fue aplicado en el sur, y en el sector central de la fachada atlántica. El primer experimento de este tipo se inició en 1632, cuando Carlos I dio a George Calvert, Lord Baltimore, las tierras sureñas que bautizaría con el nombre de Maryland.

Baltimore era católico, y deseaba crear en el Nuevo Mundo (siguiendo el ejemplo de los puritanos), un refugio para sus correligionarios ingleses. Sin embargo, resultó imposible impedir la inmigración de numerosos protestantes, con lo que acabaron reproduciéndose en la colonia los conflictos internos de los que se pretendía huir.

Consecuencia de todo ello fue la aprobación en 1649 de la ley de tolerancia. Su objeto inmediato era proteger a la minoría católica de Maryland, pero representó otro de los hitos que marca la evolución del mundo angloamericano hacia una mayor apertura religiosa y política.

Poco después de la restauración de la dinastía estuarda en Gran Bretaña, tras la guerra civil y la dictadura de Cromwell, el rey Carlos II recompensó a algunos partidarios suyos, con tierras en América.

Ocho favoritos del rey recibieron en 1663 Carolina. Siete años después promovió la fundación de Charles Town, acercándose ya peligrosamente a la provincia española de Florida. La zona septentrional de Carolina llevaba ya algún tiempo invadida por inmigrantes inquietos procedentes de Virginia, y más tarde fue reconocida Carolina del Norte como colonia independiente de la Carolina del Sur.

En cuanto a la economía, el sistema de plantación se impuso en todo el sureste. Pero el tabaco cedió su predominio al arroz en los terrenos pantanosos de la llanura litoral de Carolina del Sur, mientras que la mayor pobreza de los suelos de su vecina del norte dio lugar a que predominara allí la agricultura mixta de subsistencia.

La historia de la colonización de las tierras entre Nueva Inglaterra en el norte, y Maryland y Virginia en el sur, resulta algo más compleja, pues estos territorios fueron ocupados por varias naciones europeas. En 1609, una expedición enviada por la compañía holandesa de las Indias Orientales había explorado el río Hudson (nombrado así en honor al jefe de esta expedición), dando lugar a que en 1614 dicha compañía estableciera una factoría comercial llamada Fort Nassau (luego Fort Orange y ahora Albany, capital del actual Estado de Nueva York), aguas arriba de este gran río.

Pocos años después, la recientemente creada compañía holandesa de las Indias Occidentales tomó a su cargo los intereses holandeses en América y Africa del Sur, habiendo obtenido un monopolio sobre la explotación y comercialización de todos los recursos materiales y humanos de estas regiones.

Sin unos objetivos muy claros en este primer período, la compañía holandesa pasó de la guerra de corso contra la prepotente navegación española, al comercio de pieles, y por último al establecimiento de colonos dedicados a la construcción naval y a la agricultura, ocupando gradualmente Manhattan, Long Island, y los valles del Hudson y del Mohawk. Nueva Amsterdam, en el extremo sur de la isla de Manhattan, fue fundada en 1626.

Todas las tierras pertenecían a la compañía, y los trabajadores eran simples empleados, hasta que en 1629 se introdujo un sistema que daba a unos pocos *patroons* o latifundistas miembros de la compañía, grandes propiedades a ambos lados del río Hudson, a cambio de financiar cada uno el pasaje transatlántico y el asentamiento de cincuenta colonos en Nueva Holanda.

Las comunidades religiosas

Las Iglesias cristianas tuvieron una gran importancia en los primeros tiempos de la conquista y colonización de la América ibérica y de la franco-anglosajona.

En esta última, la importancia deriva más que de su papel en la conquista, de la influencia ejercida en la formación de los dos países norteños: Canadá y, sobre todo, Estados Unidos. Las confesiones y comunidades religiosas de origen europeo contribuyen a la organización de la sociedad, a la elaboración de las ideologías fundacionales y a la modelación del Estado.

Durante los dos primeros siglos de colonización las religiones dominantes en los futuros Estados Unidos son las cristianas protestantes, mientras que en Canadá lo es el catolicismo, llevado por los franceses.

Los primeros grupos religiosos llegados a Norteamérica —los puritanos, los peregrinos del *Mayflower*— son refugiados religioso-políticos que huyen del absolutismo de la Iglesia de Inglaterra. Pero ellos mismos serán la mayoría de las veces muy intolerantes; otras veces, la fuerza de las circunstancias, la condición de refugiados, la forzada convivencia con otras confesiones, etcétera, los lleva a sostener actitudes más flexibles de libertad, igualitarismo y libre examen, que contribuyen a crear cierto clima de convivencia y tolerancia, sobre todo entre las confesiones protestantes.

Las primeras comunidades son anglicanas, *establecidas,* es decir, patrocinadas por el Estado inglés y dependientes del obispo de Londres, y se afincan sobre todo en la parte sur de las Trece Provincias: Virginia, 1607 y 1624; las dos Carolinas, 1663; Georgia, 1734.

En 1620 algunos *separatistas* —congregacionalistas— huyen de Inglaterra y de los anglicanos, y se establecen en Nueva Inglaterra: son los peregrinos del *Mayflower,* considerados por antonomasia como los *fundadores*. En 1630 llegan elementos calvinistas, cuya intolerancia obliga a muchos anglicanos a huir hacia Connecticut.

La segunda generación de protestantes es otra cosa. En 1657 la *Half-Way Covenant* concede derechos cívicos a los no convertidos. En 1684, en Massachussetts, la Iglesia Congregacionalista, *establecida,* pierde sus privilegios y ha de tolerar todos los cultos, lo que la obliga a abandonar sus métodos teocráticos y a *convertirse* al antiabsolutismo. Algunos de los más conspicuos misioneros entre los indios serán congregacionalistas —J. Eliot y T. Mayhen, en el siglo XVII—, y uno de sus pensadores, J. Wise, popularizará —sólo en un contexto religioso— el término *democracia* en Estados Unidos.

Hubo colonias en las que no se impuso la uniformidad religiosa: Maryland, Rhode Island, Nueva York, New Jersey, Pennsylvania, Delaware, aunque sólo entre los protestantes; los católicos fueron perseguidos. Pero esta actitud facilitó la libertad de religión, impulsada además por la *Toleration Act* —Ley de Tolerancia— inglesa de 1689 y por tres de los más importantes *fundadores* de las colonias: Roger Williams, William Penn y *lord* Baltimore.

Williams fundó Providence, Rhode Island, colonia baptista —los herederos de los separatistas ingleses, la *izquierda* protestante—, tras ser expulsado de Massachussetts. A comienzos del XVIII los baptistas se extienden por las colonias del centro: Philadelphia, 1707, y otras.

Penn es el fundador de la colonia cuáquera de Pennsylvania (1682). Los cuáqueros, también parte de la *izquierda* protestante, crecieron mucho en el nuevo medio americano. Fueron siempre tolerantes, también con los indios; aspiraban a la separación entre Iglesia y Estado, rechazaban formas autoritarias y la participación en guerras.

Los presbiterianos comienzan a establecerse a partir de 1710, y el auge se produce en el siglo XVIII, en Nueva Inglaterra; tendrán un papel importante en la *conquista del Oeste*.

Hay que mencionar asimismo a los reformistas, holandeses, de Nueva Amsterdam —luego Nueva York—, que predicaban la libertad de conciencia desde su perspectiva calvinista presbiteriana. Y también a los luteranos suecos de Delaware, y a los hugonotes franceses y alemanes.

Dejando a un lado a los españoles del sudoeste y de Florida (siglos XVI-XVII), los primeros católicos de América del Norte son franceses, en la Nueva Francia, en los Grandes Lagos y en el Mississippi, a partir sobre todo de 1605, encabezados por los recoletos y los jesuitas. Misioneros católicos recorrieron los Grandes Lagos y el Gran Río para convertir a los indios, con éxito variable (1673).

En Canadá los católicos excluyeron a los protestantes en 1627, y establecieron su control sobre la vida local, mientras duró el dominio francés. En Estados Unidos los católicos son perseguidos, salvo en algunos puntos: *lord* Baltimore acoge en Maryland en 1634 a los perseguidos en Inglaterra. Pero en 1654 los protestantes abolieron la tolerancia en Maryland, instauraron la Iglesia de Inglaterra y los católicos comenzaron a ser perseguidos. Sólo en Pennsylvania se los dejará vivir en paz. Con todo, nunca serán numerosos en las colonias inglesas: no más de 25.000 en 1785, sobre un total de cuatro millones de habitantes presentes en el territorio.

En 1638 se fundó una pequeña colonia sueca en las costas de la bahía de Delaware y a orillas del curso inferior del río de este nombre, pero en 1651 el gobernador de Nueva Holanda, Peter Stuyvesant (tal vez por haberse visto obligado a renunciar el año anterior al control holandés sobre Connecticut, ocupado por los ingleses), mandó construir el fuerte Casimir en esa bahía, para contener la expansión sueca.

Los suecos contraatacaron a la desesperada y lograron tomar el fuerte en 1654, pero al año siguiente Nueva Suecia fue obligada por una fuerza abrumadoramente superior a someterse al dominio de la colonia holandesa.

La imposibilidad de los colonos holandeses para acceder a la propiedad, y el gobierno casi feudal a que se vieron sometidos bajo los *patroons*, fueron dos factores de malestar entre la población, y obligaron a la compañía en 1640 y 1650 a ofrecer oportunidades para la adquisición en propiedad de pequeñas granjas familiares.

Estas mejoras y el alto grado de tolerancia religiosa atrajeron hacia esta colonia a muchos ingleses, lo cual facilitó la incorporación de Nueva Holanda al imperio inglés en 1664.

Efectivamente, como un episodio más de la rivalidad angloholandesa de la segunda mitad del siglo XVII, Carlos II concedió esos territorios en propiedad a su hermano Jacobo, duque de

Las Confederaciones Indias

Una buena parte de las comunidades halladas por los europeos en el este de América del Norte entre los siglos XVI y XVII —predominantemente de lenguas algonquinas, iroquesas y muskogis— eran sedentarias, basadas en la agricultura y, por lo general, organizadas en estructuras políticas de envergadura. Entre éstas, especial relevancia tuvieron las confederaciones o ligas.

Generalmente flexibles y democráticas, las ligas se explican por el incremento demográfico, por factores económicos diversos y por los intentos de evitar los frecuentes conflictos entre las entidades indias. Pueden considerarse como intentos de formaciones supraétnicas o supranacionales. Más tarde, las ligas permitirán a los indios hacer frente más holgadamente a los colonos europeos, y participar en el comercio fluvial y lacustre de pieles, e incluso controlarlo. Esto llevará a algunas de ellas a adoptar políticas expansionistas.

Algunas ligas se componen de etnias próximas entre sí, pertenecientes al mismo grupo lingüístico; otras, de etnias pertenecientes a grupos lingüísticos y áreas culturales diferentes. La organización y mecanismos de estas ligas inspirarán expresamente en muchos casos a los ideólogos y a la vida política de las colonias europeas que luego se convertirán en los Estados Unidos.

En el siglo XVII las principales confederaciones existentes son las siguientes:

Liga Iroquesa.—Llamada también de las *Cinco* —luego *Seis*— *Naciones,* fue fundada, según la leyenda —y, parece ser, la evidencia histórica— por un personaje semilegendario, Hiawatha, de la etnia o tribu onondaga, hacia 1450; la antigua fecha de 1570 parece que debe descartarse. La Liga reunía, aparte de la etnia del fundador, a los oneida, mohawk, seneca y cayuga. Sólo más tarde (1722) se les une otra etnia iroquesa, los tuscarora.

Ocupaba la mayor parte del actual Estado de Nueva York y porciones de Estados limítrofes. En el momento de su máxima extensión —entre los siglos XVII y XVIII— el imperio iroqués controlaba desde el norte del río San Lorenzo en Canadá hasta el Ohio, y más al sur hasta el Tennessee. Teóricamente, todos sus miembros eran iguales entre sí, pero la preeminencia *moral* y la facultad de mediar correspondía a los onondaga, la etnia del fundador.

La Liga nunca gozó de gran cohesión, pero supo enfrentarse con éxito a los europeos y a otros Estados indios, en particular al irse involucrando en la competencia por el comercio de pieles de castor. En un primer momento, armados por los holandeses (1624), se vuelven contra etnias algonquinas y contra los hurones (también iroqueses) y sus aliados franceses, al irse despoblando sus tierras de castores. En 1649 y 1650 la Liga derrota y destruye a la confederación de los hurones y a la de los neutrales, y entre los años 60 y 70 a otras entidades indias.

A partir de estas fechas aumenta la cohesión de la Liga. Puede así resistir con éxito los ataques franceses y, luego, ingleses, y los de los aliados indios de los europeos. Puede también extender sus dominios, en una verdadera expansión imperialista, que provocará éxodos y grandes cambios demográficos entre las poblaciones indias. Su posición central, entre franceses e ingleses, conferirá una baza más a la poderosa confederación iroquesa, que mantendrá su importancia hasta la guerra de independencia de Estados Unidos. Durante el conflicto la Liga se divide por primera vez entre pro-colonos —tuscaroras y oneidas— y pro-ingleses —el resto—. Esto, junto con la disminución del

York, y cuando se presentó la flota inglesa ante el puerto holandés, a pesar de la fogosa combatividad del setentón Peter Stuyvesant, la ciudad se sometió sin resistencia, y Nueva Holanda acabó siendo dividida en cuatro colonias inglesas: Nueva York, Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania.

Todavía en 1673, una flota holandesa reconquistó la ciudad de Nueva York, pero tuvieron que devolvérsela definitivamente a los ingleses en 1674. Nueva York permaneció como propiedad del duque de York, convirtiéndose en colonia real cuando él se ciñó la corona.

El duque cedió la propiedad de Nueva Jersey a dos favoritos suyos, sir John Berkeley y sir George Carteret, pero al cabo de algunos años, tanto Nueva Jersey como Delaware cayeron en manos de William Penn, propietario de Pennsylvania.

Los amplios y fértiles valles de esta zona, junto con su clima húmedo y templado, posibilitaron el desarrollo de una agricultura rica y variada, productora de muchos cereales, entre los cuales destacaba el trigo (que difícilmente podía prosperar más al norte o más al sur), verduras y hortalizas, frutas y ganadería de diferentes clases, en explotaciones de todos los tamaños y tipos.

Filadelfia, *la ciudad del amor fraternal*, se fundó en 1681. El territorio fue regalado a William



comercio de pieles y la localización de su centro más al norte, en Canadá, acaba con la preponderancia iroquesa. Hoy, la Liga subsiste y es operativa políticamente.

Confederación de Powhatan.—Ocupaba el espacio de la actual Virginia y tierras próximas, aproximadamente entre el río Potomac, en el norte, y el Albermarle Sound, en el sur. En 1607 reunía a 28 etnias algonquinas —más de 30.000 individuos— y cada una de ellas gozaba de gran autonomía. Fundada por Wahunsonacock —el *Powhatan* de los ingleses—, mantuvo buenas relaciones con los colonos, e incluso una hija suya, Pocahontas, casó con el inglés John Rolfe y acabará sus días en Inglaterra.

Cuando en 1618 muere Wahunsonacock, su hermano Opechancanough rompe relaciones con los colonos y se inicia una guerra que durará de 1622 a 1644 y que terminará con el aplastamiento de la Confederación por parte de los ingleses y de sus aliados indios.

Confederación cherokee.—Fundada en el siglo XVII estuvo formada por etnias de distintos orígenes culturales y lingüísticos: cherokees (iroqueses), chickasaw, choctaws y seminolas (muskogis) y creeks (algonquinos). Era una liga laxa que adquiría cohesión sólo en caso de guerra. Modesta en el siglo XVII y en el XVIII, conoció su apogeo en el XIX, poco antes de ser destruida por los estadounidenses y deportados los cherokees y otros a las reservas del Oeste.

Liga wampanoag.—En 1675 Metacom —el *King Philip* de los ingleses—, dirigente de los wampanoag —etnia de lengua algonquina— llevó la guerra contra los ingleses. Sus éxitos iniciales hicieron que se le unieran otras etnias algonquinas de Nueva Inglaterra, como los narragansets y los nipmucks, entre otros, en una precaria liga que ya en 1676 comenzó a deshacerse. En agosto de este año, *King Philip* fue derrotado por los europeos; con él acabó el poder indio en la región.

Confederación delaware.—Ocupaba los territorios de los actuales Estados de Delaware, New Jersey y parte de Nueva York, incluida la isla de Manhattan. Reunía a varias etnias algonquinas, los propios delaware, los canarsies, etcétera, y los suecos de Delaware mantuvieron con ella buenas relaciones. Tampoco fueron malas las sostenidas con el inglés William Penn (tratado de 1682). Con todo, en 1751 los europeos acabarán expulsándolos.

Confederación wappinger.—Formada por etnias de lenguas algonquinas, ocupaba el bajo Hudson y una parte de las tierras donde hoy está situada la ciudad de Nueva York —una de las etnias confederadas, los manhatte, darán su nombre a Manhattan—; los holandeses les comprarán algunas de estas tierras. En 1643 estalla la guerra con los colonos ingleses, que concluye con la derrota india.

Confederación muskogi.—Reunía en el siglo XVII a varios grupos próximos, con predominio muskogi, y ocupaba una parte del territorio de Georgia y Alabama. Estaba formada por 50 ciudades, que en realidad eran pequeñas aldeas.

Confederación Neutral.—Situada entre el lago Erie y el Ontario, en Canadá, estaba formada por poblaciones de lengua iroquesa, llamadas así por haberse mantenido neutrales en las guerras entabladas entre los hurones y la Liga Iroquesa. Acabará destruida por esta última en 1650.

Confederación de los Hurones.—En lucha, junto a los franceses, contra la Liga Iroquesa durante muchos años por el control del comercio de pieles, será derrotada finalmente por ésta (1649), y sus miembros obligados a emigrar hacia el oeste, donde se asentarán y adoptarán el nombre de wyandot.

Penn por Jacobo II, en reconocimiento a los servicios que el padre de éste había prestado a la causa estuarda, y fue bautizado Pennsylvania, contra la voluntad del hijo, por expreso deseo del rey.

Lo que hace sumamente interesante a esta colonia fue el hecho de pertenecer William Penn a la secta de los cuáqueros, y que, en consonancia con sus ideales religiosos y sociales, concibió su proyecto colonizador como un *experimento sagrado,* en el cual todos los creyentes en Dios gozarían de completa libertad de conciencia y culto; el derecho al voto sería concedido liberalmente, y las relaciones con los indígenas habrían de ser activamente amistosas.

También llama la atención la moderna campaña publicitaria que llevó a cabo Penn para atraer colonos alemanes, y en general gentes de cierta solvencia personal y profesional a sus tierras.

Con estas ventajas, Pennsylvania crecería rápidamente y, aparte de su notable prosperidad económica, es preciso recalcar el liberalismo religioso y político que implantó Penn, y los principios sobre los derechos humanos, que en su día habrían de formar la base ideológica de la revolución norteamericana.

Vida política

Hemos ido señalando algunos hitos en la evolución de los dominios angloamericanos hacia una mayor libertad. Pero ¿cómo estaba organizada su vida política en la práctica?

La base legal de cada una de las colonias era su carta o patente real, que la colocaba bajo la suprema autoridad de la Corona y del Parlamento inglés; pero por la cual el rey concedía territorios, poderes gubernamentales, y monopolios o privilegios comerciales o fiscales, bien a una compañía, bien a una colonia ya establecida de manera ilegal, o bien a uno o varios propietarios.

Aparte de especificar los límites geográficos de cada colonia, la carta solía garantizar a los residentes en las colonias los mismos derechos que cualquier inglés.

Ahora bien, si las luchas inglesas tendieron a incrementar el poder parlamentario a expensas del absolutismo real, la lucha en las colonias adoptó dos tendencias opuestas: una, hacia un mayor control metropolitano, y otra hacia un mayor grado de autogobierno.



Virginia fue la primera colonia real, al ser revocada en 1624 la carta dada a la compañía porque la gran mortalidad entre los colonos y la matanza sufrida a manos de los indios en 1622, más la falta de dividendos a pesar de las fuertes inversiones realizadas, demostraban su incompetencia. Pero en el fondo porque Jacobo I (cuyas propias ideas sobre el poder real fueron hábilmente reforzadas por el intrigante embajador español), no podía tolerar la autorización de la colonia, ni el poder que confería a los miembros de la compañía en los círculos políticos de Londres, ni siquiera el tabaco que daba la vida económica a la colonia.

El cambio apenas afectó la vida cotidiana en Virginia, y durante la mayor parte del siglo XVII no se produjeron conflictos por este motivo. Sin embargo, la actuación de la Corona tendía claramente a frenar la influencia de la puritana y *subversiva* Massachusetts y a debilitar a las colonias, fragmentándolas.

Asambleas

New Haven y Connecticut unidos por un lado, y Rhode Island por otro, recibieron cartas en 1662 y 1663, como colonias autónomas, mientras que New Hampshire fue convertida en colonia real, con su propia carta, en 1679. Por lo tanto, en 1681 sólo había dos colonias reales (Virginia y New Hampshire) en Norteamérica, pero esta lucha crecería en los años venideros, hasta que en vísperas de la Revolución, en 1775, ocho de las trece colonias estarían ya bajo el control directo de la Corona.

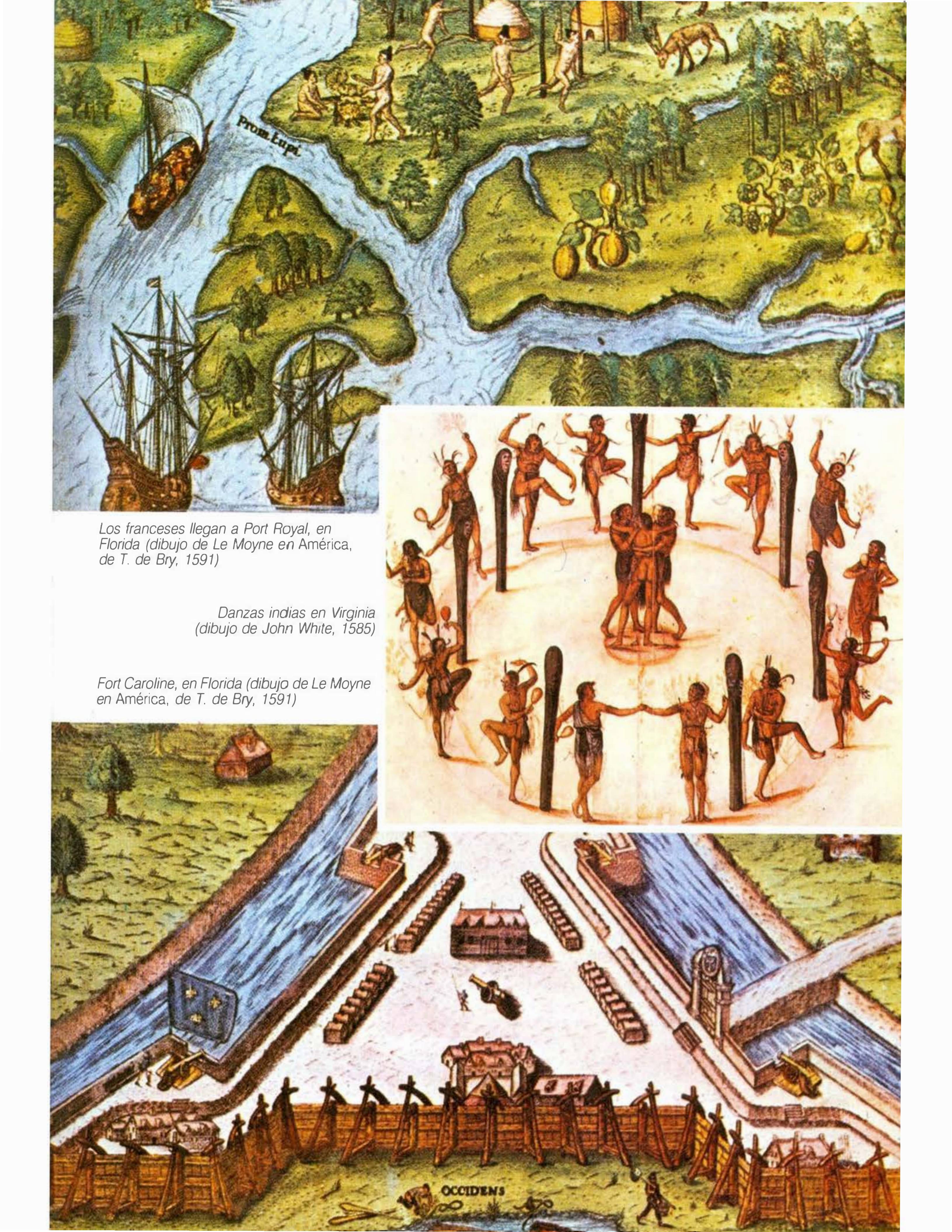
El poder ejecutivo en las colonias del siglo XVII estaba, pues, en manos de un gobernador nombrado por la compañía, el propietario, o el rey, según los casos, o elegido por los colonos mismos en el caso de Rhode Island y Connecticut. Pero cada colonia tenía también su propia asamblea representativa, que asumía el poder legislativo para asuntos internos.

La primera asamblea de este tipo fue la *House of Burgesses,* creada en Virginia en 1619. Siguiendo su ejemplo, las demás colonias establecieron sus respectivas asambleas, si bien bajo diferentes nombres. Las de Nueva Inglaterra, por ejemplo, se llamaron *General Court.*

Sólo Pennsylvania y Delaware tenían una única cámara legislativa, mientras que las otras asambleas coloniales seguían el modelo parlamentario inglés y se componían de dos cámaras: una alta, cuyos miembros eran nombrados por el rey, por el propietario, por la cámara baja en el caso de Massachusetts, o elegidos por votación en Rhode Island y Connecticut; y una cámara baja, cuyos miembros eran elegidos en todas las colonias.

En las asambleas del sur predominaban los intereses rurales, organizados a base de la división del territorio en condados, pues el sistema de plantación no favorecía el desarrollo de centros urbanos; mientras que en Nueva Inglaterra, el sistema de crear nuevas comunidades ya desde el principio como ciudades, tendía a centrar la vida política en estos pequeños núcleos urbanos.

En cualquier caso, estas asambleas (junto con las reuniones de vecinos en Nueva Inglaterra)



Los franceses llegan a Port Royal, en Florida (dibujo de Le Moyne en América, de T. de Bry, 1591)

Danzas indias en Virginia (dibujo de John White, 1585)

Fort Caroline, en Florida (dibujo de Le Moyne en América, de T. de Bry, 1591)

proporcionaban a las clases dirigentes coloniales una inapreciable experiencia práctica en los problemas y procedimientos políticos de cada día: los conflictos internos relacionados con la religión, el origen nacional, la economía, los límites territoriales, las relaciones con los indios, el orden público, etcétera.

Los requisitos para ejercer el derecho al voto variaban de una a otra colonia, pero normalmente se referían a la propiedad, aunque en Nueva Inglaterra también había ciertas restricciones religiosas durante gran parte del siglo. Muchos hombres libres se veían privados del voto en todas las colonias, y otros que tenían el derecho no lo ejercían.

Aun así, estaba mucho más extendido el sufragio en América que en Inglaterra, en parte porque los derechos políticos se esgrimían por los promotores coloniales para atraer inmigrantes a sus territorios. No obstante, los grandes terratenientes del litoral suroriental y los dirigentes puritanos en el norte procuraban dominar la vida política colonial durante esta época.

Conflictos

Existió siempre, en mayor o menor grado, una cierta tirantez en las relaciones entre el gobernador y la asamblea. Muchos gobernadores eran justos y competentes, pero la mayoría de ellos representaban a una autoridad que se hallaba muy distante de las colonias y que estaba poco enterada de sus problemas cotidianos.

Esta tensión a menudo se resolvía a favor de la asamblea, porque ella pagaba, con el dinero de la colonia, el salario del gobernador, y por consiguiente siempre tenía en su mano este instrumento de presión sobre los gobernadores recalcitrantes.

Durante la época que nos ocupa ahora, hubo un violento conflicto entre el gobernador de Virginia, sir William Berkeley, y unos colonos conducidos a la rebelión armada por Nathaniel Bacon. El realista Berkeley había sido depuesto por Cromwell, bajo el cual Virginia fue casi una república libre; pero Berkeley volvió a su cargo con Carlos II y su gobierno autoritario, junto con una depresión económica general, provocó el malestar.



En 1676 estalló una guerra india que afectó a los granjeros del interior, sobre la frontera. Ante la poca energía defensiva y punitiva demostrada por Berkeley, acusado de tener un interés personal en el lucrativo comercio de pieles con los indios, los granjeros se apoderaron de la asamblea e hicieron aprobar una serie de reformas.

La rebelión fue aplastada sin piedad y las *leyes de Bacon* fueron revocadas; pero el episodio había puesto de relieve dos relaciones conflictivas: entre el liberalismo y la autocracia real; y entre los granjeros, exploradores, cazadores, y comerciantes de la frontera, y las clases dirigentes de la fachada atlántica.

En el terreno económico, muy pronto las diferencias del entorno natural impusieron al menos tres regiones de especialización agrícola. Ahora bien, condicionando la vida económica de cada colonia, aparte de sus rasgos geográficos particulares, estaba el sistema mercantilista impuesto por la metrópoli. Esto significaba, simplificando mucho, que los intereses coloniales quedaban subordinados a los de Inglaterra, cuyos objetivos, perseguidos a través de la intervención estatal en la economía, se reducían al enriquecimiento propio a expensas de otras potencias, principalmente mediante un balance comercial favorable.

En un principio, no cabía hablar de una diferenciación entre los intereses económicos coloniales y los metropolitanos, pues la producción de alimentos y materias primas, la construcción naval, la pesca, el comercio marítimo y actividades afines, y el fomento de la población, constituían objetivos lógicos de todas las colonias.

A partir de los años 1660, la obligación de exportar determinados productos coloniales exclusivamente a Inglaterra, y la de pasar por un puerto metropolitano para pagar tasas aduaneras al transportar productos europeos a las colonias, empezó a presagiar una mayor interferencia egoísta por parte del gobierno inglés en la economía colonial. Aun así, se hizo mucho *la vista gorda*, de modo que los comerciantes coloniales prosperaron sin demasiado control de las autoridades metropolitanas, hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

El otro tema económico que tenían planteado todas las colonias por igual era el de la mano de obra. Como los experimentos con el trabajo de los indígenas no tuvieron éxito, se procuró por todos los medios que emigrasen a las colonias trabajadores europeos.

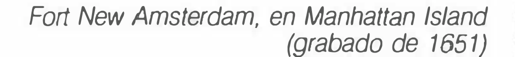
La gran mayoría de los colonos procedían de las islas Británicas, bien bajo el sistema de *headright* (según el cual se daba determinada cantidad de tierras a inversores, plantadores, armadores, y colonos, por cada persona a quien trajesen y asentasen en América), o bien como *indentured servants* o empleados contratados por tiempo limitado. Según este último sistema, el candidato vendía su trabajo por un período variable de años, a cambio de su transporte a América, alojamiento y comida, ropa y asistencia médica, y, casi siempre, un poco de dinero o tierra propia al final de su contrato.

Había empleados voluntarios, cuyo contrato duraba normalmente de tres a siete años, e involuntarios (deudores y otros delincuentes menores, vagos, pobres de solemnidad, e incluso gente secuestrada por agentes *profesionales*), cuyo contrato duraba de siete a diez años. Hubo protestas de ciertos sectores de la sociedad americana contra este sistema de deportación



William Penn





Fort New Amsterdam, en Manhattan Island (grabado de 1651)



Mapa de la Nueva Francia según S. Champlain (de Voyages, París, 1632)

de elementos indeseables a las colonias; pero por lo general los contratos fueron bien recibidos, una vez libres de sus obligaciones laborales, aunque también es verdad que muchos fueron explotados abusivamente mientras duraban sus contratos.

Durante el siglo XVII, los empleados contratados predominaban numéricamente con mucha diferencia sobre los esclavos negros en todas las colonias angloamericanas, pues aunque los esclavos se introdujeron en 1619, hasta el siglo XVIII no predominaron como mano de obra, y sólo en las plantaciones de tabaco y arroz del sur.

No obstante, el auge paralelo del sistema de plantación y del esclavismo, junto con la legislación de 1662, que hizo legalmente hereditaria la condición de esclavo, pronosticaba ya en el siglo XVII el desarrollo en el sur de una economía basada en la mano de obra esclava y una sociedad basada en el racismo y la segregación.

Cultura

Conviene distinguir entre la realidad del puritanismo norteamericano del siglo XVII, y los mitos, tergiversaciones y contradicciones en que se ha visto envuelto posteriormente.

Los historiadores decimonónicos de Nueva Inglaterra tendían a atribuir todas las supuestas virtudes norteamericanas a la influencia puritana: la libertad religiosa, la democracia y la responsabilidad social, la superioridad moral, el coraje, la diligencia en el trabajo y la frugalidad, etcétera. Pero hacia finales del siglo XIX y principios del XX vino la reacción, y entonces se tendió a resaltar la intolerancia puritana, su autoritarismo, su falta de humor y de sensibilidad estética, su aversión a toda distracción entretenida, su indiferencia ante la verdadera cultura y su hipocresía.

Ambas interpetraciones ofrecen verdades parciales. Hoy la historiografía estadounidense se esfuerza en revalorizar las aportaciones puritanas, colocándolas en su contexto histórico, y desde una perspectiva continuista, evolucionista y conservadora.

Una contribución evidente e importante fue el establecimiento en Norteamérica de la iglesia congregacionalista, hecho de profunda relevancia, no sólo en el terreno religioso, sino en la vida política, educativa y literaria de la futura nación.

En el plano político, el sistema *democrático* de gobierno de cada congregación, que era autónoma y no sujeta en teoría a ninguna jerarquía eclesiástica, reforzó la experiencia de autogobierno local, que desarrollaron las comunidades de Nueva Inglaterra al celebrar asambleas de





Mapa de Florida según Le Moyne en América *(de T. de Bry, 1591)*



Esquimal (dibujo de John White, 1585)

vecinos para debatir y votar sobre asuntos de interés general.

Es verdad que la oligarquía puritana pretendía imponer el gobierno de los *santos* o elegidos de Dios, y logró durante algunos años restringir el derecho al voto a los miembros de su iglesia; y también que la influencia política que ejercían los dirigentes puritanos (a quienes les habrían repugnado los ideales democráticos actuales) da pie para hablar de un sistema teocrático de gobierno. Pero luchaban por una causa perdida ante las exigencias de los colonos no puritanos, cada vez más numerosos, y ante la disminución del celo religioso, incluso entre sus propios hijos y nietos, especialmente acusada a partir de 1660.

En el plano educativo, se prestó gran atención a la educación liberal, se reservaron terrenos en cada nueva ciudad para la construcción y el mantenimiento de una escuela pública, en 1636 se fundó la institución que se convertiría en la mundialmente famosa universidad de Harvard y, en definitiva, se potenció un alto nivel de alfabetismo, habida cuenta de que todos los creyentes puritanos debían leer, estudiar e interpretar la Biblia como única fuente válida para saber el verdadero camino a seguir en la vida.

Por último, en el plano literario, autores puritanos escribieron bellos y poderosos sermones, obras científicas, historias y diarios en estilo sencillo y llano, además de una poesía de vibrante carga mística y emocional. La primera imprenta angloamericana fue establecida en Cambridge en 1639.

Indios y pioneros

Pedro A. Vives
Historiador

Lo que para algunas gentes llegadas del noroeste de Europa fue un siglo pionero, para los hombres americanos del Norte fue el comienzo de una era catastrófica, poblada por el deshonor y una hecatombe difícilmente explicable.

Pese a que hacía al menos medio siglo que Europa diferenciaba lo americano respecto de otros continentes, no sólo se les consideró *indios,* sino que también sufrieron los efectos de la duda acerca de su condición humana.

Los europeos arribaron a tierras en las que coexistían dos mundos indígenas próximos entre sí pero diferenciados, llegados en un poblamiento no muy lejano aún en el tiempo y, en consecuencia, con sus hábitats y fronteras sin asentar definitivamente en algunos casos.

Los hombres de América encontrados por los colonos ingleses fueron en su mayoría pertenecientes al grupo *Algonquino-Wakashan,* integrantes prácticamente de una sola familia lingüística; las tribus que interpretaron ese contacto con los ingleses fueron conocidas como *Massachusett, Narraganset* y *Pequot* en lo que habría de ser Nueva Inglaterra, y *Powhatan, Nanticoke* y *Conoy* en la tierra bautizada como Virginia.

También pertenecían al grupo algonquino las gentes encontradas por los holandeses en el valle del Hudson y Long Island, identificadas como *Mohicans* en el Norte, *Wappinger* hacia la desembocadura del río y *Montauk* en la isla propiamente dicha; más al sur, sobre la misma costa atlántica, los holandeses hallaron también a los *Delaware,* igualmente del grupo algonquino.

En el área americana colonizada por Francia, que puede identificarse con el valle del San Lorenzo y la región de los Grandes Lagos, se encontraron tribus pertenecientes a la familia lingüística *Iroquesa,* incluida en el grupo indígena *Hokam-Sioux,* uno de los más extensos del subcontinente y destinado ya en el arranque del XVII a poblar las praderas centrales de norte a sur.

El contacto más intenso con los franceses lo experimentaron las tribus *Huron,* asentadas en la margen izquierda del San Lorenzo y también hacia su desembocadura. Y el encuentro más duro lo conocieron las de la margen contraria, tribus escalonadas de noreste a sudoeste hacia el lago Ontario y conocidas por *Mohawk, Oneida, Onondaga, Cayuga* y *Seneca.*

Esa extensa familia iroquesa abría sus horizontes hacia el valle del Ohio por medio de los *Erie* y alguna tribu *Sioux* emplazada al sur del área de los Grandes Lagos; pero también había alcanzado el fondo de la bahía de Chesapeake y las proximidades de la tierra de los Delaware, a través de la tribu conocida por *Conestoga.*

La vida antes de 1600

Si hubo una característica común entre los pueblos americanos del Norte hacia comienzos del siglo XVII —especialmente entre los encontrados por los europeos— fue la de hallarse todos ellos en el tránsito hacia el asentamiento de la agricultura como factor básico de subsistencia y desarrollo cultural.

Sobre esa base, tanto algonquinos como iroqueses tuvieron un intenso conocimiento de su medio natural, producto de la necesidad de mantener vivos y saludables tanto al grupo tribal como a las fuentes de sustentación. Hoy día sabemos que se trata de equilibrio ecológico.

La incipiente agricultura estaba confiada a la mujer, en tanto el varón mantenía y perfeccionaba las técnicas más antiguas de caza, considerada una actividad más noble. En realidad, la agricultura era apreciada como garantía de una alimentación mínima, y precisamente la ausencia todavía de animales domésticos representaba una estrecha dependencia respecto a los mamíferos salvajes y el bosque.

Para la mayoría de las tribus algonquinas, la falta de carne seguía siendo el símbolo de la proximidad del hambre. La caza, por tanto, era una actividad básica del indígena; el respeto de hembras y ejemplares jóvenes, fuente de tabúes y rituales, y todo ello origen y esencia de la formación del hombre en la tribu.

El caribú —una variedad del reno—, el gamo y el anta eran los tres grandes mamíferos que proporcionaban carne y pieles para vestimenta; más al sudoeste —y más tardíamente también—, el bisonte acabaría siendo la base de la vida indígena.

La piel de gamo, algo más fina, servía para fabricar mocasines: las piezas más grandes y resistentes se incorporaban a la protección de la vivienda o *wigwam,* de forma rectangular y con estructura de madera.

La caza de estas grandes especies sólo era posible mediante el arco y la flecha con punta de piedra o hueso, tras largas jornadas de búsqueda y una paciente y silenciosa aproximación a la víctima elegida.

Durante el invierno, los algonquinos e iroque-



ses aprovechaban la carne de especies más pequeñas, cuyas pieles además jugaban un papel capital en la lucha contra el frío. Linces, martas, zorros, nutrias, ardillas, a veces osos, pero sobre todo castores, eran cazados con trampas de madera; cazaban para abastecer al grupo familiar, y, en ocasiones, pequeños excedentes servían para el trueque con tribus situadas más al sur.

El encuentro entre dos mundos

A comienzos del verano de 1609, Samuel Champlain acompañó a los hurones desde las orillas del San Lorenzo hacia el sur, hacia la región del lago que luego se llamaría Champlain precisamente. En aquellos parajes les ayudó con armas de fuego a enfrentarse con los iroqueses (probablemente los Mohawk o los Oneidas).

Aquella *guerra* necesita una aclaración: si los grupos iroqueses se habían desplazado hacia el norte se debía a que los mohicanos les habían obligado a ello durante una rara expansión.

En el mismo verano de 1609, Henry Hudson, por cuenta holandesa, se hallaba en tierras de los mohicanos, en el curso alto del río que hoy lleva su nombre, descubriendo entre aquellas gentes las pieles del castor o la nutria, preciosas para el europeo. Fue el comienzo del fin.

Desde 1610, los holandeses convirtieron el valle del Hudson en el origen de una industria floreciente, la de fabricación de sombreros, cuya base fueron las pieles finas de América del Norte. Fue un factor más en el arranque de las modas cambiantes de Europa vinculadas a nuevas fibras, combinaciones y tramas textiles, así como a estampados novedosos y pieles exóticas.

El auge de esa moda cambiante no llegaría hasta 1700, más o menos; pero si se piensa que el frío invernal no empezó a ser paliado con efectividad en los hogares de Europa hasta mediados del XVIII, puede imaginarse por qué las pieles americanas fueron un buen negocio en manos de holandeses y franceses desde bastantes años atrás.

La mentalidad y el interés mercantil de los europeos presionaron desde entonces sobre la vida de las tribus algonquinas de la costa y, algo menos, de las iroquesas próximas al San Lorenzo. La demanda creciente sobre la actividad trampera incidió muy pronto en el abandono de la agricultura por parte de algunas tribus.



Hurones y mohicanos, por presión francesa y holandesa, respectivamente, comenzaron a trasladar sus hábitats tradicionales hacia los puntos de contacto con los eupeos, a la vez que ampliaban el área utilizada para el trampeo e incluso las épocas destinadas al mismo.

Con esas variaciones llegaron los primeros enfrentamientos con tribus vecinas, no menos que la incorporación de éstas al comercio de pieles. Igualmente cundió la captura indiscriminada de hembras y crías, sobre todo cuando el europeo introdujo mejores medios de *producción:* el arma de fuego, el hierro para trampas más duraderas y para puntas de flechas más precisas y de mayor alcance.

En justa reciprocidad, para combatir el frío los europeos le descubrieron al indio los aguardientes —sobre todo los de grano, que resultaban baratos en los mercados holandeses, especialmente la ginebra— y el ron, llegado desde las Antillas.

El alcoholismo acabó sumándose a la desestructuración del hábitat tribal, al abandono de la agricultura, a la ausencia cada vez más prolongada de los hombres, dedicados como estaban a las pieles y al saqueo de las tribus vecinas para robarles las suyas o, simplemente, para *abaratar* el trueque por medios violentos.

«Squaw» y las criaturas de Satán

Para 1616 aparecieron en diversas zonas de la costa este las primeras epidemias de viruela. Es más que probable que en ellas haya que buscar la razón de los primeros movimientos de resistencia indígena ante la presencia europea y, consecuentemente, los primeros choques armados entre los dos mundos.

Las escaramuzas iniciales, que tanto inquietaron a los colonos de Virginia y algo después a los de Plymouth, fueron para el indio verdaderas batallas, el comienzo de una guerra nueva e incomprensible.

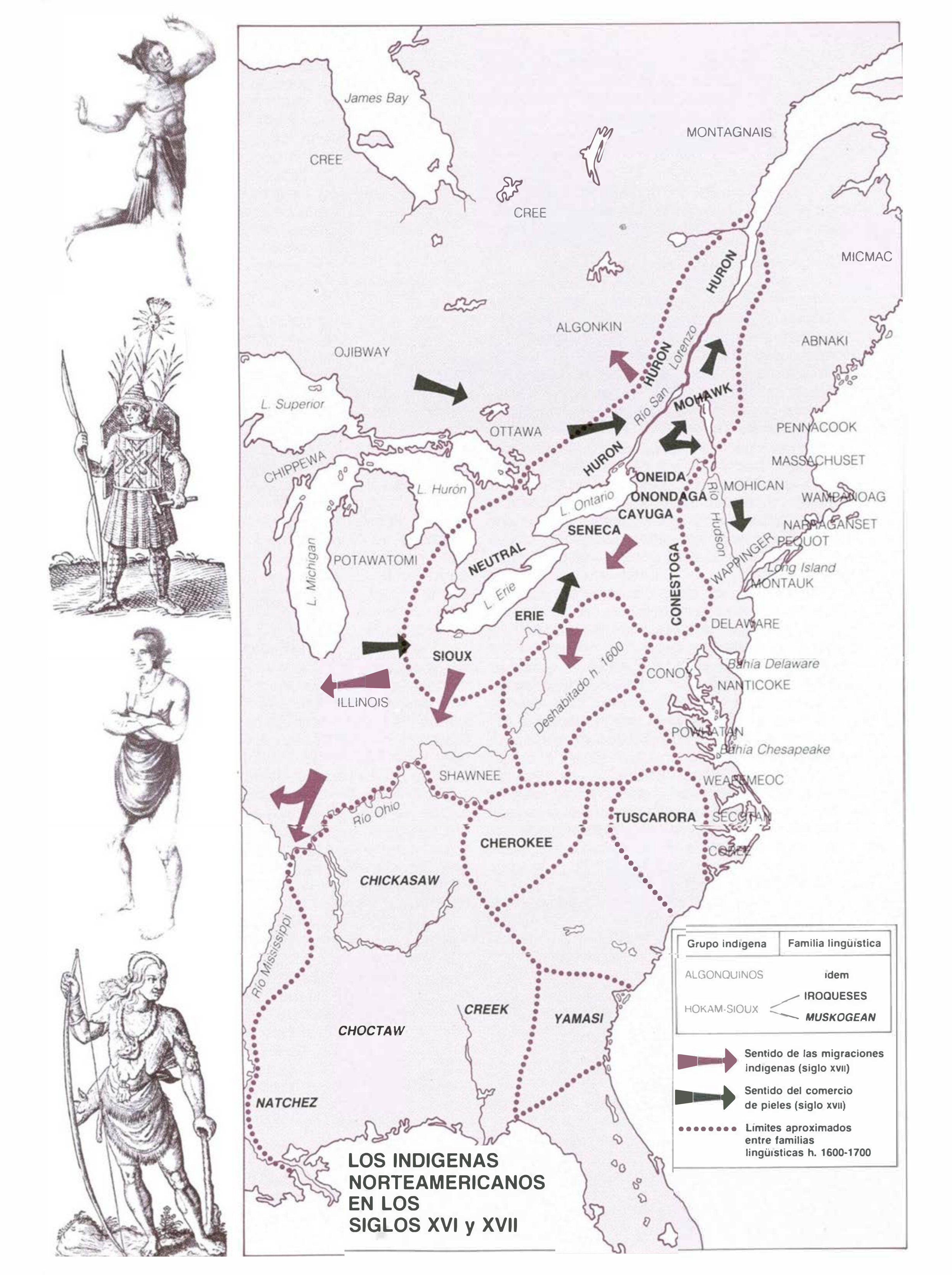
Los hombres de Powhatan, como luego los Massachusetts, Mohicanos y Mohawk, tuvieron que abandonar las tribus para hacer frente a la nueva guerra.

Entre 1616 y 1635, aproximadamente, esa situación acentuó la debilidad demográfica de los pueblos indígenas; decreció aún más de lo normal la natalidad, aumentaron los períodos de lactancia para asegurar la vida a los recién nacidos y se asentaron definitivamente las prácticas poligamicas propias de algonquinos e iroqueses.

Los europeos, con su óptica cristiana, vieron en tales resultados muestras claras de la perversión natural del indígena. Para los propios interesados significó una perturbadora reafirmación de la organización matrilineal existente entre ellos.

Squaw quiere decir mujer, esposa. Pero también implicaba entre los pueblos del noreste una referencia a la continuidad familiar y tribal, garantizada por la mujer.

Representación de cuatro indios americanos: primero y tercero, hechicero y jefe de tribu virginianos; el segundo, guerrero hurón, y el cuarto, el jefe indio Susquehanna


James Bay
CREE
MONTAGNAIS
CREE
MICMAC
HURON
ALGONKIN
ABNAKI
OJIBWAY
HURON
Río San Lorenzo
MOHAWK
L. Superior
OTTAWA
PENNACOOK
HURON
CHIPPEWA
ONEIDA
MASSACHUSET
L. Hurón
ONONDAGA
MOHICAN
Río Hudson
WAMPANOAG
L. Ontario
CAYUGA
SENECA
NARRAGANSET
PEQUOT
NEUTRAL
POTAWATOMI
CONESTOGA
WAPPINGER
Long Island
MONTAUK
L. Michigan
L. Erie
ERIE
DELAWARE
SIOUX
Deshabitado h. 1600
Bahía Delaware
ILLINOIS
CONOY
NANTICOKE
POWHATAN
Bahía Chesapeake
SHAWNEE
WEAPEMEOC
Río Ohio
TUSCARORA
SECOTAN
CHEROKEE
COREE
CHICKASAW
Río Mississippi
CREEK
YAMASI
CHOCTAW
NATCHEZ
Grupo indígena
Familia lingüística
ALGONQUINOS
ídem
HOKAM-SIOUX
IROQUESES
MUSKOGEAN
Sentido de las migraciones indígenas (siglo XVII)
Sentido del comercio de pieles (siglo XVII)
Límites aproximados entre familias lingüísticas h. 1600-1700
LOS INDIGENAS NORTEAMERICANOS EN LOS SIGLOS XVI y XVII

La mujer iroquesa no sólo cuidaba a los pequeños y cultivaba la tierra, sino que tenía sus responsabilidades políticas a través de un *gran consejo* femenino que presionaba en las decisiones de los ancianos, advertía de los peligros y daba su versión de los acontecimientos ante el resto de la tribu.

La importancia de su palabra le venía a la mujer iroquesa de su función como mantenedora de la continuidad familiar. Era la mujer la que permanecía en el núcleo familiar, en tanto que el hombre abandonaba el suyo al casarse.

La viudedad implicaba tomar a un hermano o hermana del difunto en matrimonio, con el fin de no romper el grado de protección de la familia, regentada por la mujer más anciana. Incluso era posible que una viuda adoptara a un prisionero de guerra o a un blanco para que la protegiera, cazara para la familia y se integrara en ésta.

La prole numerosa era motivo de prestigio entre algonquinos e iroqueses, tanto por lo poco frecuente del caso como por significar una garantía de subsistencia de cara al futuro de la pareja. Tan sólo en épocas de hambre o de epidemia, la madre, aislada de la tribu desde antes del parto, decidía acabar con la vida del recién nacido lo suficientemente pronto como para que su alma pudiera esperar hasta un nuevo nacimiento.

Por lo demás, se trataba de pueblos que no ponían trabas a la perpetuación de la tribu, lo que explicaba la flexibilidad de las costumbres sexuales, la existencia del matrimonio *a prueba* —propio de los pueblos algonquinos—, la frecuencia de los raptos y su venganza ritualizada, la aceptación del *divorcio* en caso de esterilidad, así como la extensión de la poligamia como recurso inmediato ante el descenso acusado del número de varones.

La endogamia, tendencia básica entre las tribus del noreste, empezó a ser rota tras las primeras conmociones provocadas por el europeo, y al parecer también comenzó a estar presente la tolerancia respecto a la infidelidad en algunos casos, frente a la vieja tradición de cortar la nariz a la mujer culpable.

Todo, desde luego, parecía conjugarse para que los cristianos más radicales —y los menos también— se mesaran los cabellos a la vista de tanta perversión: aquellos eran los hijos predilectos del diablo.

En los primeros años del encuentro, los europeos asentados en Virginia vieron con buenos ojos —cuando no golosos— la flexibilidad aparente de las costumbres sexuales indígenas, lindantes con la promiscuidad desde el punto de vista cristiano. Bastantes se unieron a mujeres indígenas y vivieron con el pueblo Powhatan, hasta el punto de hacer peligrar el poblamiento de Jamestown.

Pacahontas, una de esas mujeres unida a un europeo después de haber sido raptada, no sólo se sometió al cristianismo, sino que sirvió de mediadora para el primer pacto entre los dos pueblos hasta su muerte, en 1617. En el norte, en tierra de los hurones y ottawa, los franceses iniciarían pocos años después un firme y persistente proceso de mestizaje que proyectaría un tipo característico de la frontera —el *métis*— en la historia canadiense.

El poblamiento anglo-holandés de América del Norte fue una colonización tan ansiosa de autonomía espiritual y fervor utópico como sedienta de tierras fértiles y estabilización familiar. Las compañías promotoras de las primeras emigraciones ofrecieron generosas parcelas de tierra a aquellos que pudieran costear el viaje de su familia e incluso de siervos y entenados; además pintaron al nuevo continente como el paraíso del agricultor emancipado.

Los valles fluviales fueron la base operativa desde la que se inició la expansión colonizadora y su escenario principal hasta al menos 1650. Esos mismos valles eran el hábitat natural de los pueblos indígenas.

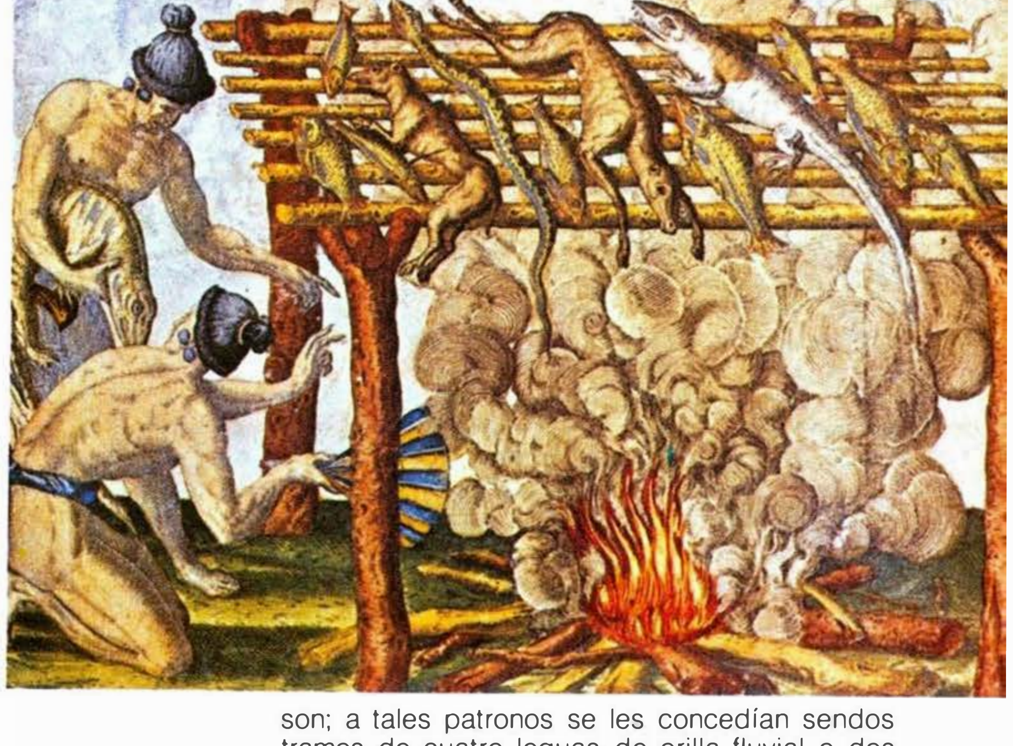
En tanto la colonización fue incipiente, el indio no sólo no estorbó sino que resultó ser un aliado ocasionalmente valioso para conocer el territorio, sus posibilidades y peligros; tal fue el caso legendario de Squanto, que guió y ayudó a los puritanos del *Mayflower* a pasar el primer invierno en América.

Pero desde 1620, en Virginia, y 1634, en Massachusetts Bay, aproximadamente, la presencia del indígena comenzó a obstaculizar la expansión agrícola de las nuevas familias colonizadoras, una vez asentados los primeros enclaves portuarios y pesqueros en la costa. A la presión europea, los indígenas respondieron con ataques delimitadores del territorio e inmediatamente después de carácter defensivo.

El principio de que al indio le correspondía exclusivamente la tierra que utilizaba de forma efectiva dejaba abiertos los horizontes restantes a los europeos, así como una posibilidad de coexistencia. Pero el indígena necesitaba todo el valle para su vida nómada, y sobre todo necesitaba el bosque intacto.

En 1622 estalló la *revuelta* de la *confederación* Powhatan en Virginia, como resultado del choque entre la dinámica colonizadora y la supervivencia de aquellas tribus algonquinas. A comienzos de la década de los treinta, John Winthrop, gobernador de la Massachusetts Bay Colony, comenzaba a buscar argumentos para legitimar la expulsión de los indios y ofrecer nuevas tierras a los colonos, sin perder su óptica ni su ortodoxia puritana: *casi todos los indígenas han muerto por la viruela* —reconocía—, *así ha establecido claramente el Señor nuestros títulos legítimos sobre lo que poseemos*.

Desde 1630, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales convirtió en *patronos* a todos los colonos capaces de llevar y mantener 50 hombres adultos para poblar el valle del Hud-



Secadero indió de pescado y otros alimentos (grabado de T. de Bry, según dibujo de Le Moyne)



Guerrero indio de Virginia tatuado para una fiesta (por John White, 1585)

son; a tales patronos se les concedían sendos tramos de cuatro leguas de orilla fluvial o dos leguas en cada margen, desde donde podían expansionar su propiedad tierra adentro siempre que no lesionaran derechos de colonos vecinos.

Nada se decía sobre los indios que pudieran estar en aquellas tierras. Ya desde esas fechas, como resulta evidente, las colonizaciones de América del Norte no se planteaban la posibilidad de utilizar al indígena como mano de obra. Era una colonización europea, de base familiar, en la que el indio sólo aportaba su tradición cazadora, siempre desde la periferia.

Cuando en 1635 se debatió en Nueva Inglaterra la condición diabólica del indio, el problema nuclear fue en realidad la posibilidad de ocupar sus tierras por parte de los puritanos. El disidente Roger Williams acabó desterrado por defender la humanidad del indio, y en abril del año siguiente fundó una colonia, *Providence Plantation*, en la que procuró coexistir con los Narraganser sobre el territorio de lo que sería Rhode Island.



Trabajos agrícolas de los indios de Florida (grabado de T. de Bry)

En 1637, los puritanos de Nueva Inglaterra llevaron a cabo la matanza de los Pequot, habitantes de lo que empezaba a ser colonia de Connecticut. En el norte, desde 1640, se desató la llamada guerra *franco-indígena,* que se saldaría cuatro años después con el ataque de las tribus iroquesas sobre la incipiente fortificación de Montréal, antiguo emplazamiento de la tribu Hochelaga. En 1644, también Virginia vivió su segunda revuelta indígena.

A mediados del XVII, la expansión granjera de los europeos había declarado la guerra a los habitantes de los valles más fértiles. No obstante, hacia 1643 se inició el primer intento de convertir a los Mohawks por los calvinistas holandeses, encabezados por el reverendo Johannes Megapolensis, a los que se sumaría el predicador John Eliot, procedente de Massachusetts.

En 1644 se imprimió en Holanda el primer tratado sobre las costumbres de los salvajes próximos a Fort Orange; pero en esos mismos años se procedió al exterminio de los Montauk, que amenazaban a Nueva Amsterdam desde el lado oriental de Long Island. En 1653, las *Colonias Unidas de Nueva Inglaterra,* de inspiración básicamente puritana, establecieron el derecho legítimo del indio a la tierra que ocupaba, especificando que el resto era un *vacuum domicilium.*

A partir de esa invitación a la coexistencia de 1653, la consideración de la naturaleza nómada de los indios facilitó una vía jurídico-religiosa, que aclaraba el porvenir: el indígena tenía un derecho de propiedad sobre sus tierras, pero no un derecho a usarlas, ya que se trataba de salvajes errantes y criaturas de Satán, para más señas.

Sólo hacia 1675-76, los ataques de Narragansett y Wampanoag sobre los pueblos de frontera de Nueva Inglaterra amenazaron aquella colonización imparable, pero las flechas poco pudieron frente a las conciencias puritanas ayudadas por virus y mosquetones.

En el valle del San Lorenzo, la guerra sistemática contra los iroqueses trató de solucionar desde 1665 todos los problemas que franciscanos y jesuitas dejaban atrás, en su empeño de llevar la salvación cada vez más lejos hacia los Grandes Lagos del Oeste.

La cabeza de *King Philip,* el jefe wampanoag que acaudilló la revuelta contra los colonos de Nueva Inglaterra en 1676, acabó ejemplarmente expuesta en la plaza de Plymouth y sus guerreros que llegaron a ser capturados vivos fueron vendidos como esclavos en las Antillas. Apenas tres años antes, los franceses Joliet y Marquette habían reconocido el curso del Mississippi en su práctica totalidad. De alguna forma, aquellos fueron signos de una nueva era.



La década de los ochenta puede caracterizarse en dos sentidos. Uno pone el acento en los tratados que William Penn celebró con las tribus Delaware, por los que el fundador cuáquero compró las tierras de los indios sobre la base de un tratamiento humanitario y desprejuiciado, allá por 1682. En esa misma línea puede hablarse de los asentamientos jesuíticos al sur del lago Michigan, en tierras de los *Illinois.*

Pero estas iniciativas aportaron poco después datos significativos: en 1689, los cuáqueros de Pennsylvania ayudaron con víveres a los indios de la frontera, justo cuando acababa de comenzar la guerra contra Francia; al otro lado, uno de aquellos asentamientos jesuíticos tenía ya por nombre Fort Saint Louis.

Y es que el otro sentido de la nueva era estuvo marcado por la dinámica de la represión y el sometimiento del indígena, que empezó a conocer precisamente desde entonces las primeras *reservas* en las que se le confinaba.

A la vez que se repartían entre los colonos las tierras arrebatadas al indio, en casi toda América del Norte se puso en marcha la prédica evangelizadora, que en el caso de los pastores británicos estuvo precedida por la introducción de vestimenta y costumbres que integraran a los neófitos en una apariencia más inglesa.

Entre las perversas tradiciones de aquellas gentes ganadas por el diablo, los predicadores pusieron especial cuidado en castigar la reincidencia en dos de ellas: la poligamia y el alcoholismo. Ironías de la historia.

Entre los pueblos sometidos a fines del XVII, los jóvenes guerreros contaron con un grado especial de asimilación por parte europea. Fueron la tropa ideal para combatir a los *salvajes* de la frontera incontrolada; una tropa mercenaria puntualmente pagada en moneda y géneros ingleses, entre los que no faltaron diferentes tipos de aguardientes, para desesperación de pastores y reverendos.

En 1703, el Gobierno de Massachusetts ofreció doce libras por cada cabellera de enemigo que se le presentara, con lo que consolidaba uno de los medios de comprobación de que aquellos soldados especiales cumplían sus obligaciones.

Prácticas como esa significaban que el indígena *asimilado* se había convertido en el principal enemigo del salvaje. La quiebra interna del mundo aborigen norteamericano estaba definitivamente en marcha.

Probablemente, para los colonos ingleses el indígena fue el enemigo próximo, pero el enemigo menor. El grande era, especialmente desde la década de los ochenta, la *vecina* Nueva Francia.

Desde que en 1681-82 Cavallier de la Salle confirmara el curso del Mississippi, al tiempo que los jesuitas y recoletos repartían salvaciones, los pueblos *salvajes* desde la óptica inglesa resultaron ser fidelísimos nuevos súbditos del Rey Sol.

Las posiciones francesas de lo que acabaría llamándose Louisiana eran en realidad estratégi-

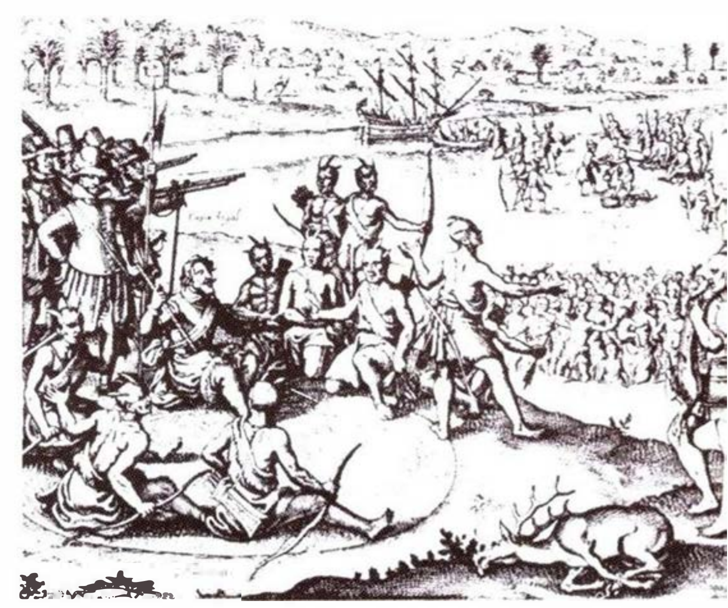
cos focos de movilización de los *Iowa* —del grupo sioux—, los *Illinois* —algonquinos— y los *Cherokees* —iroqueses— en las latitudes comprendidas entre el río Ohio y los Grandes Lagos.

En el valle bajo del Mississippi, los franceses hallaron también como aliados a diversos pueblos de la familia Muskogean, perteneciente al tronco *Hokam-Sioux*, que prácticamente no habían contactado con europeos. Estas tribus, *Chickasaw*, *Choctaw*, *Natchez* y *Creek*, básicamente, comenzaron a recibir las bendiciones de la palabra salvadora, ayudándose en el esfuerzo con nuevos tejidos, armas revolucionarias y la consabida ración de alcohol.

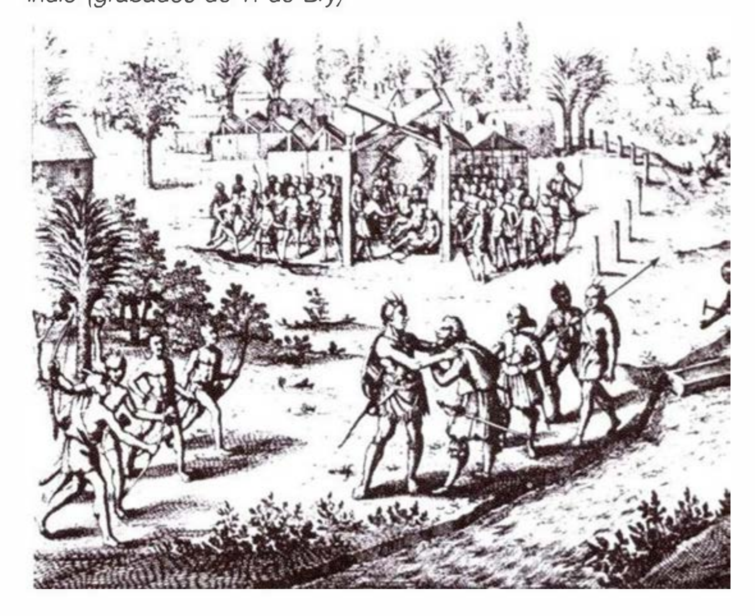
También recibieron hacia 1700 algunos jóvenes franceses dispuestos a aprender lenguas y costumbres. Pero la guerra desatada en aquellos años orientó el interés por otro camino más práctico y perentorio.

Entre 1680 y 1720, más o menos, ingleses y franceses instalaron su frontera en América del Norte. Para los indios que se vieron envueltos en esa frontera, aquellos fueron años de derrumbamiento y deshonor. Bastantes tribus encontradas por los franceses en el valle del Mississippi, especialmente las del grupo Sioux, arribaron allí en la primera mitad del XVII, huyendo de la presencia europea en el área del lago Erie. En esa huida —de sentido contrario al comercio de pieles, significativamente— habían llegado al *río más hermoso*, que es lo que quiere decir la palabra indígena *ohio*.

El valle del más hermoso río, según los *Shawnee*, se convirtió a lo largo del XVIII en el objetivo principal de la expansión europea en América del Norte. Para los franceses fue una base desde la que hostigar, por medio de los indios, a las colonias inglesas; para los habitantes de estas últimas, fue el área de expansión lógica de sus nuevas generaciones. Y al Ohio acabarían llegando los *Wasi'chu*, es decir, *los hombres codiciosos que se llevan la mejor parte*.



Arriba: *el capitán S. Argall firma un tratado con los indios Chickaominies*. Abajo: *R. Hamor visita al jefe indio (grabados de T. de Bry)*



Bibliografía

Asimov, I., *La formación de América del Norte*. Madrid Alianza, 1983. Bertrand, C. J., *Les églises aux Etats Unis*. París, PUF, 1975. Delanoe, N., *L'Entaille Rouge. Terres indiennes et démocratie américaine, 1776-1980*. París, F. Maspéro, 1982. Fohlen, C., *Les indiens d'Amérique du Nord*. París, PUF, 1985. Jacquin, Ph., *Histoire des indiens d'Amérique du Nord*. París Payot, 1976. Johansen, B. y Maestas, R., *Wasi'chu. El genocidio de los primeros norteamericanos*. México, FCE, 1982. Josephy, A. M. (jr.), *The patriot chiefs*. Harmondsworth Penguin, 1977. Marriott, A. y Rachlin, C. K., *American Epic*. New York, New American Library, 1969. Munford-Jones, H., *Este extraño nuevo mundo*. México, Uteha, 1966. Nash, G. B., *White and Black: the Peoples of Early America*. Prentice Hall, N. J. Englewood Clifts, 1974. Nichols, R. L. y Adams, G. R. (eds.), *The American Indians. Past and Present*. New York, John Wiley and Sons, 1971. Novailhat, Y. H., *Histoire des doctrines politiques aux Etats Unis. París, PUF, 1969. Rich, E. E. y Wilson, Ch. (eds.), La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, en *Historia económica de Europa*. Universidad de Cambridge, vol. IV. Madrid, Ederse, 1977. Sauer, C. O., *Sixteenth Century North America. The land and the people. As seen by the Europeans*. Berkeley Univ. of California, 1971. Washburn, W., *Red Man's and White Man's law, a Study of the Past and Present Status of the American Indian*. New York, Ch. Seribuer, 1971. Wright, L., *The Atlantic Frontier. Colonial American Civilisation, 1607-1763*. Ithaca Cornell Univ., 1970.



Walter Raleigh (por Nicolás Hillia. Galería Nacional de Retratos. Londres)

Conquista de Norteamérica

Textos

CUADERNOS historia 16

El Nuevo Mundo: a favor...

DESCRIPCIÓN *de Nueva York seis años después de caer en manos inglesas.* Puedo decir, y decirlo sinceramente, que si existe en algún lugar la felicidad terrenal, accesible a las gentes de toda condición, y principalmente de rango inferior, es allí donde se encuentra. Allí, cualquiera puede apropiarse de la tierra y vivir libre sin tener que pagar renta alguna; sí, y tener tantísima tierra a su disposición que podría cansarse recorriendo sus campos de Trigo y de todas las especies de Grano. Y dejar multiplicar su Ganado, hasta llegar a poseer muchos centenares de cabezas. (...) Durante el verano la hierba es tan alta que llega a las rodillas de un hombre, pero ¿qué digo?, tan alta como él mismo (...). Aquéllos a quienes la Fortuna no sonrió en Inglaterra, aquéllos a quienes rehusó una herencia, o aquéllos que apenas pueden vivir de su agotador trabajo, todos ellos, puedo decirlo, pueden beneficiarse aquí de heredades de tierras y bienes; (...) Junto a los placeres de la caza [el País] puede proveer su casa [del europeo] con excelente y gorda Caza, Pavos, Ocas, Ortegas, Grullas, Cisnes, Patos, Pichones y toda clase de aves. Y si le cansa la Caza, puede dedicarse a la Pesca, pues los Ríos están tan llenos de Peces que puede obtener todos los que quiera, antes de abandonar esta diversión. *(DANIEL DENTON, «A Brief Descripcition of New York: Formerly Called New-Netherlands. With the Places thereunto Adjoining. Togeter with the Manner of its Situation (...)». London, 1670, pp. 17-19.)*

El Nuevo Mundo... y en contra

EN cuanto llegaron a un buen puerto y en cuanto fueron depositados en tierra sanos y salvos, cayeron de rodillas y bendijeron al Dios de los Cielos que los había guiado por un océano vasto y enfurecido (...)

Pero, aun así, no puedo dejar de detenerme y de hacer una pausa, con la cabeza aturdida al pensar en la condición presente de esas pobres gentes (...) no tenían en ese momento ni amigos que los acogiesen, ni albergues donde reposar o reponerse tras luchar con las tempestades; ni casas, y menos aún ciudades a las que ir o en las que buscar ayuda (...) En cuanto a la estación, era invierno, y quienes conocen los inviernos de estas tierras saben que son duros y violentos, sujetos a temporales crueles y feroces (...)

(...) el país entero, lleno de bosques y bosquecillos, ofrecía un aspecto extraño y salvaje. Si miraban hacia atrás, veían al poderoso océano que acababan de cruzar y que, ahora, se presentaba como un obstáculo que los separaba de todas las partes civilizadas del mundo (...) *(WILLIAM BRADFORD, «Of Plimoth Plantation». (Wright and Potter Printing Company, Boston, 1901, pp. 94-97.)*

Sir Walter Raleigh, viajero inglés

EL bravo y sabio *sir* Walter Raleigh (...), después de haber reunido numerosas noticias sobre la América que circulaban por entonces en Europa, sobre las Bellezas naturales, las Riquezas y el Valor de esta parte del mundo; y sobre los inmensos beneficios que los españoles obtuvieron de uno o dos pequeños establecimientos fundados en esta tierra, resolvió enviar una Expedición con vistas a realizar ulteriores Descubrimientos.

Con este fin, en el Año de Gracia de 1583, reunió a varios Hombres de gran Valor y alto Rango, para que emprendiesen con él una Aventura de esta Naturaleza y, con el fin de darle Impulso, obtuvieron Cartas de Patente de la Reina Isabel, con la fecha de 25 de marzo de 1584, estableciendo que sólo ellos extraerían ventajas de sus Descubrimientos (...)

En el mes de Abril siguiente se echaron a la mar sobre dos pequeños bajeles, bajo el mando del Capitán Philip Amiodas y del capitán Arthur Barlow y que, tras un feliz viaje, echaron el ancla en una caleta cercana a Roenoke (...). Cambiaron con Ventaja artículos a los Indios por objetos de un Valor muy inferior, y volvieron entusiasmados por la Ganancia (...) *(ROBERT BEVERLEY, «The history and present State of Virginia...By a native and inhabitant of the place». (R. Parker, London, 1705, pp. 1-3.)*

Los años de fundación: Virginia

EN cuanto Jacobo I hubo firmado la paz con España en 1604, la energía y valentía de la nación inglesa que había luchado contra los españoles se concentró en el establecimiento de una colonia en Virginia (...) a la que llamaron Jamestown en honor del Rey (...)

Los primeros pasos de Jamestown fueron realmente miserables. (...) En junio la población era de 104 hombres y muchachos. En seis meses 51 habían muerto de enfermedades o desnutrición.

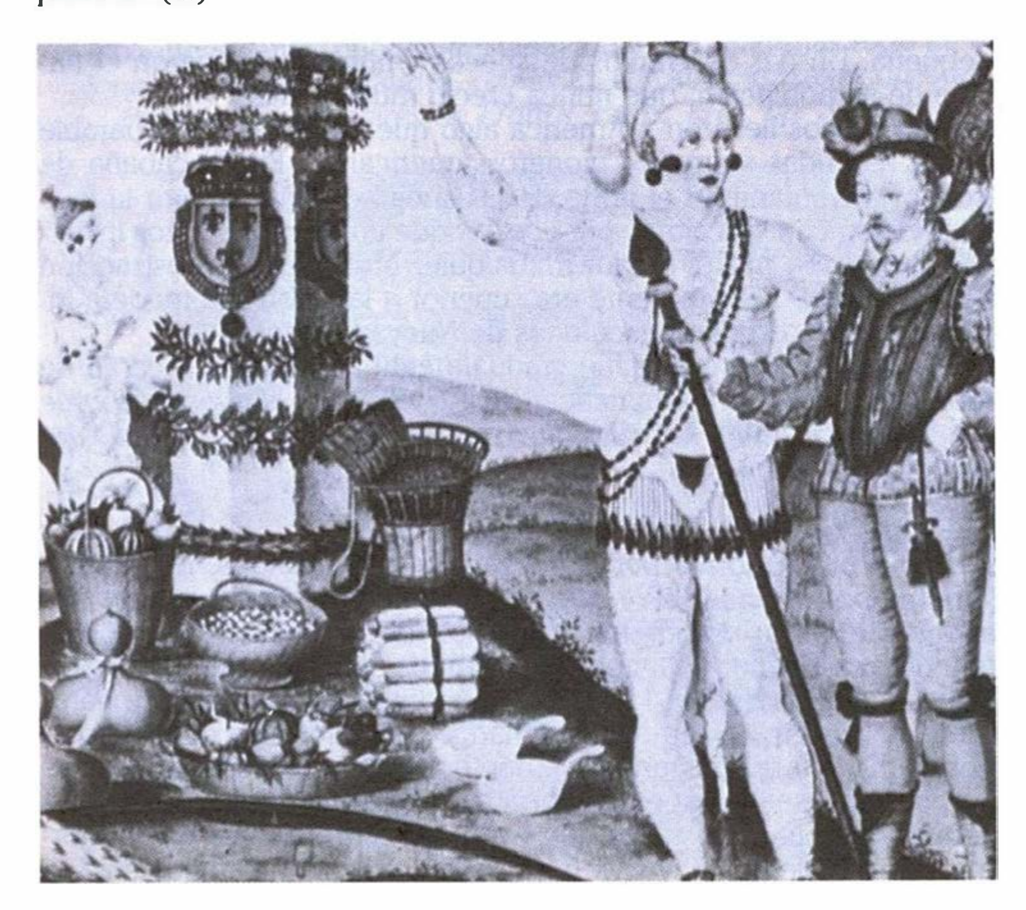
(...) la Compañía de Virginia se reorganizó con una nueva carta en 1609. Esto trajo consigo nueva sangre y nuevos capitales, y cambios en el sistema. Lord de la Warr (del que proviene el nombre de Delaware) fue nombrado gobernador de la *Plantación de Londres en la parte meridional de Virginia,* nombre oficial del asentamiento de Jamestown.

(...) En unos ocho años, 1616-1624 (...), la colonia se transformó en un puesto comercial que se mantenía casi desesperadamente, gobernado con mano de hierro, en algo parecido [a un paraíso].

El primer factor de esta transición fue el tabaco. (...)

La institución de la propiedad privada fue el segundo factor que salvó a Virginia. (...)

El tercer factor (...) fue político, en el sentido más amplio de la palabra. (...)



Indios de Florida ante una columna erigida por Jean Ribaut, 1562 (miniatura de Lemoyne, 1587)

El cuarto factor fue el sexual. (...) La Compañía había decidido reclutar *muchachas jóvenes no corruptas* y enviarlas a Jamestown (...) *SAMUEL ELIOT MORISON, «The Oxford History of the American People». New American Library, Mentor Books, New York, 1972, pp. 86-91.)*

Las colonias suecas

NO es sorprendente que Gustavo Adolfo, ansioso de colocar a Suecia a la par de las potencias más viejas de Europa, diese oídos a proyectos de colonización de la costa oriental de América. En esto fue estimulado por neerlandeses que habían sido expulsados (injustamente según ellos) de la Campaña Holandesa de las Indias Occidentales.

Gustavo Adolfo murió en batalla en 1632, pero los planes suecos siguieron adelante. Se organizó en 1637 la Compañía de la Nueva Suecia, para que hiciese por Suecia lo que la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales había hecho por los Países Bajos. De hecho fue Peter Minuit el comprador de Manhattan, uno de los promotores de la nueva aventura. Y en 1638, cuando partió para América el primer grupo de colonos suecos, Minuit estaba a su frente.

La expedición se detuvo en Jamestown por diez días, luego navegó hacia el Norte, a la bahía de Delaware, y el 29 de marzo de 1638 fundó una colonia cerca del sitio donde está hoy la ciudad de Wilmington. La llamaron Fuerte Cristina, por la hija de Gustavo Adolfo, Cristina, quien, a la muerte de su padre, sucedió a éste en el trono.

Los colonos suecos se extendieron aguas arriba del Delaware, hasta la vecindad de lo que es hoy Filadelfia, donde establecieron su capital. Pero aún aguas más arriba estaban los hostiles neerlandeses, que consideraban a Delaware territorio suyo. Nueva Suecia, como fue llamada, mantuvo la paz con los indios; y bajo Johan Bjornsson Printz, un hombre enormemente gordo que había combatido bajo Gustavo Adolfo, la colonia floreció, aunque siempre fue pequeña. Un par de cientos de suecos y finlandeses fueron el núcleo de su población, que nunca creció mucho más.

Los suecos llevaron a América algo que luego sería inseparable de las leyendas sobre los pioneros americanos. Era la cabaña de troncos, inventada en el norte de Escandinavia, la cual, por la facilidad de su construcción y por el calor que conservaba en los inviernos duros, era muy superior a cualquier otro tipo de construcción de las colonias. Ciertamente era superior a las casas de madera inglesas que construían los colonos de Nueva Inglaterra.

La cabaña de troncos fue gradualmente adoptada a lo largo de toda la frontera norteamericana. *(ISAAC ASIMOV, «La formación de América del Norte». Historia Universal Asimov, Alianza Editorial. Madrid, 1983, pp. 130-131.)*

Habla el jefe de la Confederación Powhatan (1607)

(...) ¿Por qué tomar por la fuerza lo que podéis obtener tranquilamente por amistad? ¿Por qué nos exterminái cuando somos nosotros quienes os proporcionamos vuestros alimentos? ¿Qué podéis obtener por medio de la guerra? Podemos esconder nuestras provisiones y refugiarnos en los bosques; y entonces moriríais de hambre (...). Nosotros estamos desarmados y dispuestos a daros lo que nos pedís si lo hacéis amistosamente y no con espadas y pistolas como si viniéseis a hacer la guerra a un enemigo. Yo no soy tan ingenuo como para no saber que es mejor comer buena carne, dormir confortablemente, y vivir tranquilamente con mis mujeres y mis

hijos, estar contento y reír junto a los ingleses, y comerciar con sus cobres y sus hachuelas, y no hacerlos huir y obligarlos a dormir en medio del frío de los bosques, alimentarse de bellotas, de raíces y otras porquerías, y no ser perseguido hasta el punto de no poder comer ni dormir. En estas guerras [que se avecinan] mis hombres estarán prestos y en guardia (...) Llevaos vuestras pistolas y vuestras espadas (...) o podríais morir todos de la misma manera. *(SAMUEL G. GOODRICH, «Lives of Celebrated American Indians». (Bradbury, Soden, Boston, 1843, pp. 179-180.)*

El San Lorenzo, entre Canadá y Estados Unidos

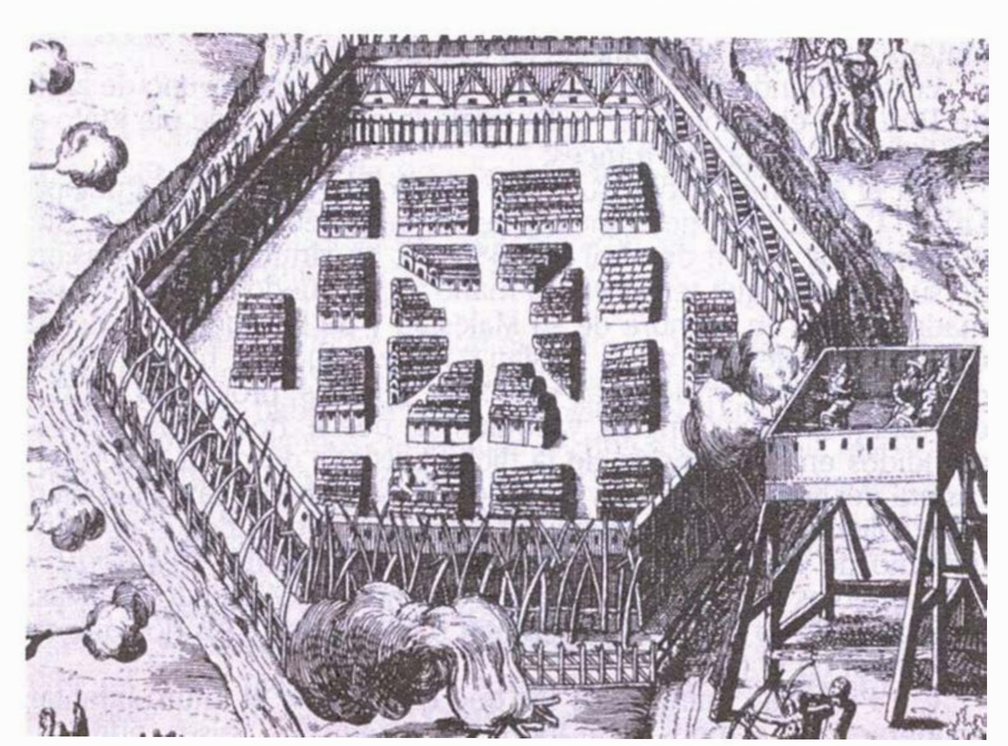
(...) En 1647 el rey decretó la formación de un consejo encargado, de hecho, de dirigir las finanzas, el comercio de pieles y la política general del país.

Formado por el gobernador, por el superior de los Jesuitas y por el gobernador de Montreal, admitía en sus reuniones, con carácter deliberativo, a los síndicos o representantes elegidos de Quebec, Montreal y Trois-Rivières. La colonia mostraba así una apariencia de representación popular. Esta se vio ampliada en 1657 (...). Cuando el territorio fue anexionado a los dominios reales, el gobierno quedó sometido más estrechamente al absolutismo monárquico. (...)

Por el poder que había ido adquiriendo desde los primeros años, la Iglesia introducía por su lado un elemento de control particularmente eficaz (...). En 1659, el poder de la Iglesia quedó consagrado con la llegada del primer obispo de Quebec, monseñor de Laval.

(...) El régimen señorial, finalmente, imponía a la sociedad de Nueva Francia un último elemento de control. La tierra estaba dividida en parcelas, en las que los colonos o *censitaires* asumían hacia el señor propietario obligaciones parecidas a las que contemplaban, en la metrópoli, los contratos feudales.

(...) Debido a estos factores (...) la sociedad (...) gozaba de una disciplina más sólida que en la mayoría de las demás sociedades de la *frontera.* Según el viajero sueco Peter Kalm, presentaba incluso cierto refinamiento, que contrastaba con el carácter más rudo de las colonias de Nueva Inglaterra. *(MARCEL GIRAUD, «Histoire du Canada». Presses Universitaires de France, Paris, 1971, pp. 21-23.)*



Poblado de indios iroqueses, según S. Champlain, 1632

Crítica india a los franceses, 1676

VOSOTROS [los franceses] reprocháis sin razón a nuestro país [el país de los indios micmas, entonces llamados gaspesianos] el ser como un pequeño infierno en la tierra comparado con Francia, que vosotros comparáis a una paraíso terrenal, porque os da, decís, toda suerte de provisiones y en abundancia. Decís que somos los más miserables y los más desgraciados de todos los hombres, que vivimos sin religión, sin educación, sin honor, sin orden social, en una palabra, sin ley ninguna, como las bestias de nuestros bosques y selvas, careciendo de pan, de vino y de otras numerosísimas ventajas en cuya abundancia nadáis en Europa. Escuchad, hermanos si no conocéis ya los verdaderos sentimientos que nuestros indios tienen hacia vuestro país y por toda vuestra nación, es tiempo de que os informe sin tardanza.

Creed que por muy miserables que podamos pareceros, nos consideramos, aun así, más felices que vosotros, en el sentido de que nos contentamos con lo poco que tenemos (...). Si Francia es, como decís, un pequeño paraíso terrenal, ¿no es estúpido abandonarla [como hacéis vosostros para venir aquí?] ¿Por qué abandonar mujeres, hijos, parientes y amigos? ¿Por qué arriesgar vuestras vidas y bienes cada año? ¿Por qué aventuraros asimismo, y arriesgaros (...), enfrentándoos a los vientos y tempestades del mar para venir a un país extraño y bárbaro que consideráis el más pobre y desgraciado de la tierra? Lo mismo que nosotros estamos convencidos de lo contrario y no nos merece la pena ir a Francia, porque creemos justamente que allí no encontraríamos demasiadas satisfacciones, puesto que vemos a quienes allí nacieron que la abandonan cada año para venir a enriquecerse en nuestras costas. *(CHRISTIAN LE CLERCQ, «New Relation of Gaspesia, with the Customs and Religion of the Gaspesian Indians». (The Champlain Society. Toronto, 1910, pp. 104-106.)*

Ocupación nominal de la Luisiana

DESPUES de descender desde el lago Michigan por el río Mississippi hasta su desembocadura, los franceses reivindican toda la cuenca del río y sus afluentes en nombre de Luis XIV, 1682

(...) hicieron preparar una columna y una cruz sobre la que se pintaron las armas de Francia con esta Inscripción:

Luis el Grande, Rey de Francia y de Navarra, día noveno de abril de 1682 (...) el señor de La Salle erigió la columna y de pie junto a ella dijo en voz alta en francés:

Por el Altísimo, Poderoso y Muy Invencible y Victorioso Príncipe Luis el Grande, Rey de Francia y de Navarra, décimo cuarto de ese nombre, hoy nueve de abril de 1682. Yo, en virtud de la comisión de su Majestad que tengo en mi mano y que puedo mostrar, he tomado y tomo en nombre de su Majestad y de los sucesores de su Corona, de este país de la Luisiana, mares, puertos, bahías, estrechos adyacentes, y todas las naciones, pueblos, provincias, ciudades, burgos, aldeas, minas, yacimientos, pesca, ríos, arroyos comprendidos en la extensión de la dicha Luisiana desde la desembocadura del gran río San Luis del lado del este, que se llama también Ohio, Olighin Sipou *[Alleghany]*, o Chukagua, y esto con el consentimiento de los chaoanons *[shawnees]*, o chikacha *[chikasaw]* y otros pueblos que allí viven con los que hemos concluido alianzas, al igual que a lo largo del río Colbert o Mississippi y los ríos que se descargan en él (...).

(...) Protesta contra todos los que querrán en el futuro intentar apoderarse de algunos o de todos los susodichos países, pueblos,

tierras, antes especificadas en perjuicio del derecho de su Majestad (...) a lo que todos respondieron con gritos de *Viva el Rey*, y Salvas de Mosquetes. Además, el dicho Señor de La Salle hizo plantar en el suelo al pie del árbol al que se ató la cruz, una placa de plomo grabada de un lado, con las armas de Francia (...). *(«Procès-Verbal de la prise de possession de la Louisiane établi par Jacques de la Métairie». Manuscritos, Archives de la Marine, Sec. C-13 c, Vol. 3, ff. 28-29, Archives de France, en Bayrd Still: «Pionniers vers l'Ouest», Seghers. Paris, 1965, pp. 45-46.)*

El indio habla del hombre blanco. Hacia 1690

LAHONTAN, teniente del ejército colonial francés, explica al gobernante hurón Adario las nefastas consecuencias para la sociedad si no se castigase a los culpables y no se recompensase a los justos. He aquí lo que Adario responde:

¿Qué clase de hombres deben de ser los europeos? (...) Los europeos, que se ven *forzados* a hacer el bien y que, para evitar el mal, no tienen otra inspiración que el temor del castigo. Si yo te preguntase quién es este hombre, tú me responderías que un francés, pero yo podría probar que es un castor. Pues el hombre no es tal sólo porque ande sobre dos piernas, sepa la lectura y la escritura y muestre mil ejemplos de su industria (...).

¿Quién os ha dado las tierras en las que vivís ahora? ¿Con qué derecho las poseeis? Estas pertenecerán siempre a los algonquinos. En verdad, mi querido hermano, te compadezco desde lo más profundo de mi alma. Sigue mi consejo y hazte hurón. Yo veo claramente la profunda diferencia que existe entre tu condición y la mía. Yo soy dueño de mi condición. Soy dueño de mi cuerpo, gozo de la total disposición, de mí mismo, yo hago lo que me place, yo soy el primero y el último de mi nación, no temo en absoluto a ningún hombre, dependo sólo del Gran Espíritu. No ocurre lo mismo contigo: tu cuerpo y tu alma están condenados a depender de tu gran capitán; tu virrey dispone de ti; tú no tienes libertad para hacer lo que se te ocurra; tú temes a los ladrones, a los falsos testimonios, a los asesinos, etc., y dependes de una infinidad de personas situadas por encima de ti. ¿No es cierto? *(RUEBEN GOLD THWAITES: «Lahontan's New Voyages to North America». McClurg, Chicago, 1905, vol. 2, p. 533.)*

Origen de las doctrinas políticas en EE.UU.

LOS colonos que se establecieron en América (...) llevaron consigo el conjunto de sus concepciones sociales, económicas, religiosas y políticas. Entre los diferentes grupos étnicos y religiosos, los puritanos ingleses contribuyeron, en mayor medida que los demás, al nacimiento de doctrinas políticas en América.

(...)

El *Mayflower Compact*. Puritanos ingleses, influidos por las doctrinas de Robert Browne, perseguidos por los anglicanos y los presbiterianos, y que habían emigrado a Holanda en 1608, aceptaron en 1620 formar, con algunos comanditarios, una sociedad a la que aportarían, durante siete años, el producto de su trabajo en la tierras concedidas en América por la Compañía de Virginia. [Pero los vientos empujan a los peregrinos del *Mayflower* a 800 kilómetros al norte del territorio asignado].

Percatándose de que su contrato no tendría ningún valor en esta región, [los peregrinos] se vieron obligados a firmar un *Covenant* o *Compact* por el que juraban permanecer juntos y obedecer las reglas fijadas por una voluntad común para el bien común.

(...) Algunos historiadores han visto en esta necesidad de aprobar un *contrato social* la influencia de las doctrinas del calvinista Robert Browne en materia religiosa. (...) La doctrina del contrato habría sido trasferida, pues, de la organización de las iglesias a la de la sociedad.

Sea como sea, este *compact* que ha servido con frecuencia, posteriormente, de modelo para Estados Unidos en tiempos de poblamiento de los territorios del Oeste, y que aparece antes de las ideas de Hobbes o de J. J. Rousseau sobre el *Contrato social,* figura como una contribución muy original en la historia del pensamiento político norteamericano. *(Y.-H. NOUAILHAT, «Histoire des doctrines politiques aux Etats-Unis». Presses Universitaires de France. Paris, 1969, pp. 5-7.)*

El impacto demográfico

EL equilibrio fue roto por la llegada de los primeros europeos, o al menos por las epidemias que trajeron consigo. De una tierra que decían vacía y virgen, pero que estaba habitada y cultivada, los europeos hicieron una tierra *viuda* y *desértica.* Más que las primeras colonias españolas del siglo XVI, e inglesas del siglo XVII, fueron los escasos navegantes y pescadores quienes desde principios del siglo XVI, al tocar momentáneamente las costas para comerciar con los *salvajes,* dejaron como herencia al nuevo continente los microbios y los virus de la viruela, del cólera, de la gripe, contra los cuales ellos mismos estaban inmunizados pero que produjeron, según una estimación reciente, una hecatombe del 90 por 100 de la población indígena en un siglo. En 1656, Adriaen Van der Donck escribe que en Nueva Holanda (la futura colonia de Nueva York), *los indios afirman que antes de la llegada de los cristianos, y antes de que la viruela se propagara entre ellos, eran diez veces más numerosos que ahora, y que su población disminuyó bajo el efecto de la enfermedad que mató nueve de cada diez indígenas.* Un poco antes, Champlain y los misioneros jesuitas de la Nueva Francia relatan que en el transcurso de diez años el número de Hurones había pasado de 32.000 a 10.000 personas. En 1674, el misionero puritano Daniel Gookin observa, durante una encuesta entre los indios de Massachusetts, que los Pequot, que antes podían reunir 4.000 guerreros, no disponían ya sino de 300, y entre los Narraganset, el número de guerreros pasó de 5.000 a 1.000. Los Wamesit veían su ejército reducirse de 3.000 a 250 hombres.

Naturalmente, las tribus de la zona de los *bosques,* cerca de la costa del Atlántico, fueron las primeras y las más afectadas por la catástrofe europea. Cabe señalar, sin embargo, que los indios de los llanos y del Oeste no estuvieron totalmente protegidos durante los primeros siglos de la colonización, aun sin haber entrado en contacto todavía con los europeos: sus relaciones comerciales con los grupos orientales eran más frecuentes de lo que se pretendió durante mucho tiempo.

Así, al parecer, a mediados del siglo XVII, en el momento en que las colonias inglesas se asientan definitivamente en el nuevo continente, las poblaciones amerindias ya están considerablemente mermadas en número; antes de la intervención europea, en cambio, contaron con una población numerosa que los estudios recientes evalúan en aproximadamente doce millones en el territorio actualmente ocupado por los Estados Unidos y Canadá. *(ELISE MARIENSTRAS, «La resistencia india en los Estados Unidos.» Ed. Siglo XXI, México DF, 1982, pp. 49-50.)*